

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a A. Barrera

ANARQUISMO Y SINDICALISMO

Para plantear la cuestión del sindicalismo — que es el medio económico para la lucha económica del proletariado — y establecer sus relaciones, de hechos y de doctrina, con la ideología anarquista, es preciso tener en cuenta las características diferenciales de cada país. Existen grados distintos de cultura y de civilización, diferencias más o menos perceptibles en el progreso de los pueblos y poderosas razones éticas y psicológicas que hacen imposible la tarea de someter a un padrón uniforme el estudio de los pueblos en su general desenvolvimiento.

Si en sus expresiones más vitales y enérgicas — la "lucha revolucionaria" —, cada pueblo ofrece lo que tiene de propio, lo que fermenta en su seno y lo que trabaja su porvenir, es menester reconocer que de lo que sean capaces de realizar los trabajadores en sus luchas incesantes, depende toda apreciación racional de su cultura y de su alto espíritu revolucionario. Fuera de sí mismo, de lo que realiza directamente y de lo que posee como patrimonio ideológico, es posible descubrir en un pueblo valores capaces de ofrecernos una fisonomía moral propia y característica.

Sin olvidarnos de que el anarquismo es una idea universal, una concepción de la vida que no se detiene ante las fronteras imaginarias y los torpes prejuicios de raza, de religión y de "nacionalidad" sin desconocer los fundamentos teóricos de la idea libertaria y las grandes enseñanzas de los maestros precusores, ya que sin los unos y los otros nos sería imposible ofrecer un exponente de cultura contrario a la moral ambiente; sin transgredir esos principios básicos — la negación del Estado, de la ley, de la autoridad, — y aceptar, como hacen los pretendidos innovadores de última hora, ideas y "experiencias" que son la negación del anarquismo, nosotros nos hemos esforzado en presentar al estudio de todos los compañeros, lo que tiene de propio y de característico nuestro movimiento. ¿No es lógico nuestro empeño? ¿O es que debemos seguir girando en torno a los astros mayores de la ideología anarquista, aceptando y rechazando todo lo que traen y llevan los acontecimientos europeos?

No por el afán de señalar una presuntuosa superioridad, insistimos en el tema de las características esenciales de nuestro movimiento revolucionario. No se trata de oponer un hecho más ajustado a la realidad o una teoría más acertada de los problemas sociales, a hechos y teorías convejedidos. . . . Quede esa pretensión para los innovadores y para los realistas de esta hora. Nosotros exponemos únicamente una serie de realidades y experiencias relativas para someterlas a la comparación y a la crítica que surge necesariamente en momentos que, como el actual, se pone en tela de juicio la táctica anarquista, en lo que respecta a nuestras actividades en el movimiento obrero y a nuestra acción en las contingencias revolucionarias del período agitado porque atraviesa la humanidad.

Y bien, se dirá, ¿en qué consiste esa diferencia entre el movimiento anarquista de la Argentina y el movimiento libertario de los demás países? Teóricamente, en nada. Pero las ideas tienen o deben tener sus expresiones en la realidad, e identificarse con los anhelos, las aspiraciones y las luchas de los pueblos. Y es en esas realizaciones inmediatas donde el anarquismo va conformándose y labrando su propia historia.

Desde el origen mismo de la propagan-

da anarquista en la Argentina, se ha establecido una sensible diferencia, en el método de lucha y en la teoría del movimiento obrero, con la propaganda doctrinaria y el desarrollo del anarquismo en los países europeos donde mayor influencia llegaron a ejercer las ideas libertarias.

En oposición al individualismo plagado de suficiencia y de desprecio para la chusma vil, se desarrolló entre nosotros la tendencia comunista, y fué aplicada a la organización económica de los trabajadores. Pero esa actividad en el terreno

de la Federación Obrera Regional Argentina su síntesis histórica. Pero, para los anarquistas de este país, la F. O. R. A. es algo más que una organización de clase, y vale por las ideas que la inspiran más que por el número de trabajadores que llegue a representar de acuerdo con los registros administrativos de sus sindicatos. Con lo que queda dicho que a los cálculos burocráticos de las cotizaciones, a la disciplina corporativista y a las preocupaciones del sindicalismo europeo — empeñado en someter a la autoridad de

De esa realidad de nuestro movimiento, se desprende necesariamente una orientación doctrinaria y una norma de conducta que choca con la opinión de la mayoría de los anarquistas de Europa. Es en la interpretación del sindicalismo, en el valor revolucionario de las organizaciones de clase y en las funciones que, en un período de subversión social, se atribuye a los sindicatos como órganos económicos para la regularización de la vida de los pueblos, donde el choque de opiniones es más sensible y con mayor precisión quedan establecidas las diferencias tácticas y teóricas de los anarquistas de los diversos países. Y si las causas que hemos señalado nos permiten apreciar la diferencia de posiciones en el movimiento obrero, ¿qué de extraño tiene que los problemas atinentes al sindicalismo, tanto teóricos como prácticos — el de la unidad de clase, el de la independencia o subordinación a una ideología, el de la táctica en las luchas presentes y en la solución de los problemas políticos, económicos y morales de la revolución — estén sujetos al criterio interpretativo de la misma experiencia y sean el fruto de lógicas deducciones?

Para juzgar nuestra posición doctrinaria frente a una realidad que tiene apariencias de hecho universal — la revolución rusa, por ejemplo —, es necesario previamente colocarse en el centro de gravedad de nuestro movimiento, conocer su historia y desarrollo y haber vivido en contacto con los hombres que lo impulsaron y lo impulsan con su inagotable energía. Y cuando se llegue a comprender su verdadera significación doctrinaria, entonces será menester, aun someramente, analizar las ideas corrientemente aceptadas y tratar de sacar de ellas lo que tengan de real y de imperecedero.

Nosotros, que nos hemos inspirado en los libros de los maestros y tomamos las primeras lecciones de anarquismo de las enseñanzas de los precusores, no desdenamos nunca el estudio de las cuestiones que prácticamente nos plantea el movimiento revolucionario de los distintos países. Por eso hemos llegado a la conclusión doctrinaria anteriormente expuesta y por eso también oponemos a la interpretación corriente del sindicalismo, las características del movimiento obrero anarquista de la Argentina.

Corresponde a nuestros camaradas de otros países discutirlo y analizarlo, y solamente eso pedimos, pues no tenemos la pretensión de que se acepte como la más lógica, racional y anarquista, esa interpretación nuestra del anarquismo en lo que se refiere a la organización económica de los trabajadores.

Repetimos lo que ya hemos expuesto en otras ocasiones: en la Argentina tenemos una síntesis anarquista del movimiento obrero y hemos llegado a la identificación de la doctrina libertaria con el medio económico para la lucha económica del proletariado. Quiere decir, pues, que el sindicalismo es un medio de acción y la anarquía la finalidad revolucionaria que los trabajadores persiguen en su lucha contra todos los enemigos del derecho y de la libertad.

Consecuentemente con estas deducciones, hijas de la experiencia y del estudio, podemos ensayar una crítica general a la concepción que tienen del sindicalismo la mayoría de los camaradas europeos. Pero más que el deseo de criticar opiniones y actividades que no compartimos, nos inspira el propósito de defender nuestra postura internacional en el movimiento obrero y anarquista, ya que la tesis sostenida por la F. O. R. A. en el congreso de Berlín — constituyente de la Asociación Internacional de los Trabajadores — fué rechazada por la totalidad de

TRAGEDIA VULGAR



LA BURGUESIA: — Sí, mi gran Lugones, eres mas desvergonzado que Mussolini, pero tú lo envidias y a ti te compadecen.

económico, esa acción en el sindicato con preferencia a la propaganda doctrinaria en una esfera ciudadana o política, no fué causa de una desviación o derivación al sindicalismo puro. Los anarquistas permanecieron y siguen permaneciendo fieles a sus postulados y no concedieron ni conceden al sindicalismo valores propios y superiores para la lucha social. Al contrario, procuraron — entonces y procuran hoy — transformar el campo obrero en un terreno de batallas ideológicas y aceptaron la organización sindical como un medio de luchas económicas y como un instrumento revolucionario capaz de ser utilizado para la acción de la clase oprimida y vilipendiada.

El sindicalismo, interpretado como un medio de acción anticapitalista, tiene en

los jefes a todo el proletariado organizado, — los militantes de la F. O. R. A. oponen la orientación ideológica, la doctrina y el hecho moral que involucra el mismo movimiento anarquista.

Constatamos, pues, sin mucho esfuerzo mental, y sin recurrir a complicadas relaciones históricas, que el anarquismo tiene, en la Argentina, una síntesis ideológica en un todo identificada al movimiento obrero, y que el sindicalismo es, gracias a esa práctica doctrinaria de más de 30 años, un medio de acción para los anarquistas que no restaron importancia al movimiento obrero, pero que tampoco se dejaron absorber por los aspirantes a jefes del proletariado y los defensores de la organización puramente económica y clasista.

los congresales y posteriormente combatida por anarquistas de reconocida capacidad y buena fe.

Nos colocaremos, pues, en la posición general que corresponde y expondremos el punto de vista que la F. O. R. A. sostuvo en el congreso de Berlín. Y con esto pretendemos contestar a las observaciones hechas por el compañero Rodolfo Rocker en carta dirigida a la redacción de LA PROTESTA, publicada en el diario con fecha 1° del corriente, y en la que el citado camarada habla de cosas de la A. I. T. y asume la defensa de la doctrina sindicalista que sirve de elemento básico a la nueva Internacional.

Se reconoce, en primer lugar, que no nos faltaron motivos para plantear algunas objeciones a los acuerdos del congreso de Berlín. Tres puntos de divergencia — la continuación de la política de acercamiento a Moscú, el problema de la unidad proletaria y la concepción del sindicalismo post-revolucionario — fueron señalados por nosotros desde el preciso momento que tuvimos en nuestro poder las resoluciones del congreso constituyente de la A. I. T. El compañero Rocker señala como existentes, en la época en que fueron formuladas, las objeciones al congreso de Berlín, y no niega que a la F. O. R. A. y a los anarquistas de este país, les asistan razones para resistirse a aceptar incondicionalmente lo resuelto por los sindicalistas revolucionarios, cuya ideología está muy lejos de ser anarquista y de interpretar un grado de cultura superior al sindicalismo de la ante-guerra. Pero el camarada Rocker, colocado en su punto de vista y teniendo en cuenta la realidad del movimiento anarquista europeo — que sin embargo podría ser también modificado, empleando otra táctica en el movimiento obrero y en la acción popular — trata de atenuar la importancia de esas tres objeciones y se empeña en restar valor a nuestros escrúpulos de doctrina... Y nos habla de errores de interpretación, que pueden existir en algunas palabras pero no en los conceptos, y de diferencias psicológicas entre América y Europa, asegurando al mismo tiempo que la primera objeción — las relaciones con la Sindical Roja — ya ha sido satisfecha, y que la segunda — el programa de la unidad obrera — no plantea ninguna discusión seria de principios y de táctica, por cuanto se refiere a un concepto unitario que están muy lejos de sostener los inspiradores del sindicalismo revolucionario que tiene en la declaración de principios de la A. I. T. su síntesis ideológica. Y si se da una explicación tan simplista a la primera y a la segunda objeciones, ¿qué pensar de la tercera? Rocker asegura que no existe ese punto de divergencia, que la declaración de "todo el poder a los sindicatos" no supone un propósito dictatorial...

Si se tratara de una palabra fácil de ser interpretada de diversas maneras, o de una resolución circunstancial que tuviera su razón de ser en hechos de una importancia vital para el movimiento anarquista, claro que sería fácil contestar a nuestras objeciones y hasta darnos plena satisfacción. Pero, si bien se puede hasta cierto punto defender la política de aproximación a Moscú, alegando que así se facilita el desenvolvimiento y progreso de la A. I. T., no se puede con la misma facilidad dar una explicación convincente — al menos para nosotros — de la tesis unitaria sostenida por los sindicalistas revolucionarios, y de la concepción del sindicalismo contenida en la declaración de principios de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Descartemos — porque ya el *bureau* de la A. I. T. se encargó de eliminar ese obstáculo — el asunto de las relaciones con Moscú, que por otra parte no promueve ninguna discusión entre los anarquistas de la Argentina. Tengamos en cuenta únicamente la concepción del sindicalismo, tal cual nos la ofrece la declaración de principios de la A. I. T. y la resolución unitaria del congreso constituyente de la nueva Internacional.

Consideramos, en primer lugar, que la resolución del prente único, o de la unidad de clase, votada por el congreso de Berlín, lejos de ser un acto independiente de la ideología sindicalista, aceptada por la mayoría de los congresales, constituye la esencia misma de la declaración de principios y se desprende del conjunto de doctrinas que dan un aspecto de vida independiente al sindicalismo revolucionario. Si se declara que las organizaciones del trabajo, en un período de preparación revolucionaria, deben tender a realizar la unión de la clase obrera, y si se atribuye a los sindicatos, en el momento de la revolución, funciones destructivas y constructivas, negando atribuciones a otras entidades que no sean esos órganos de producción y consumo; no está bien demostrado que lo que se hace es dar prevalencia al sindicalismo, negando de hecho el valor revolucionario y orientador de la ideología anarquista?

En el congreso de Berlín no sólo se sancionó la premisa de "todo el poder a los sindicatos". Por un extraño contraste, por una paradoja propia de estos tiempos que corremos, fueron los anarquistas los que se encargaron de la misión de resucitar al sindicalismo puro, cuando precisamente era más necesaria su total revisión por los que habían constatado sus degeneraciones reformistas y su esterilidad revolucionaria en el largo proceso de gestación de la gran guerra capitalista.

No pueden, pues, convencernos los argumentos que el compañero Rocker emplea en favor de la A. I. T. Ideológicamente estamos muy lejos del sindicalismo que lleva el rubro de Berlín. En cuanto al carácter sindicalista de la F. O. R. A., huelga que repitamos los conceptos expuestos en la primera parte de este artículo. ¿Qué más podemos agregar para dar una contestación amplia a las razones y sinceras consideraciones hechas por el camarada Rocker en defensa de la Asociación Internacional de los Trabajadores? El compañero Santillán refutó ampliamente la carta de Rocker, lo que nos ahorra extendernos en mayores comentarios.

Terminamos estas breves consideraciones, con una opinión de orden personal. Pese a nuestra oposición a la mayoría de los acuerdos tomados en el congreso de Berlín, no somos del parecer de que la F. O. R. A. rechace su adhesión a la Asociación Internacional de los Trabajadores. Internacionalmente no existe hoy, fuera de Berlín, un nexo ideológico que haga posible las relaciones y la actividad del proletariado consciente, y los anarquistas que actuamos en el movimiento obrero no podemos buscar en Amsterdam o en Moscú las fuentes de inspiración que vitalicen las energías creadoras del proletariado. En consecuencia, corresponde a la F. O. R. A. ocupar un puesto en la A. I. T., manteniendo en su seno el principio de oposición al sindicalismo puro y a las vacilaciones de los anarquistas que orientan a las demás organizaciones obreras adherentes.

Como las actuales orientaciones de la A. I. T. son susceptibles de ser modificadas en un sentido más libertario, y como no obligan a cada país a rectificar su propia orientación en materia ideológica — en la teoría y la táctica del movimiento sindicalista — no vemos ningún peligro en la adhesión de la F. O. R. A. a la Internacional de Berlín. Antes bien, la consideramos necesaria, porque así tendremos la posibilidad de llevar a Europa estas divergencias de doctrina y de táctica sindicales, aportando nuestro concurso de ideas, opiniones y energías a la causa del anarquismo y de la emancipación integral del proletariado de todo el mundo.

Brevemente, para terminar este artículo en torno al anarquismo y al sindicalismo, comentaremos el artículo del compañero Schapiro, aparecido en el número anterior del SUPLEMENTO. Pero esos "problemas del mañana", que parece tuvo la intención de plantear el citado camarada, aparecen en alguna línea de su largo pero vacío artículo? ¿Es con argumentos tan mediocre que se planteará una teoría nueva y se resolverán, aunque sea en teoría, problemas post-revolucionarios?

La sensación de pobreza que produce el estudio del camarada Schapiro, es difícil de ser desechada después de un momento de reflexión. Y juramos que no nos inspira ninguna animosidad hacia ese compañero, del que no tenemos un sólo antecedente que lo haga sospechoso de antianarquismo, cosa que lo pone al abrigo de una crítica desplazada y dura por parte de los anarquistas.

Tomemos, pues, al pie de la letra la concepción anarco-sindicalista del camarada Schapiro. Para unir esas dos tendencias — la doctrina anarquista y el "medio" sindicalista — se trae a colación el infantilismo de algunos revolucionarios que creen en los partos milagrosos y la gárrula tontería de los que suponen que las revoluciones se hacen armando batallones de trabajadores, atacando los graneros capitalistas y colocando domines de fabricación proletaria en el lugar que ocupan los actuales gobernantes y usufructuarios de la riqueza social.

Schapiro pretende ofrecernos un producto superior con el mejor del anarquismo y del sindicalismo. Pero, pese a sus esfuerzos para encontrar la fórmula salvadora, no logra explicarnos qué cosa es ese anarco-sindicalismo que todo lo ha de resolver en el mañana.

Pero será mejor que hablemos de las cosas de hoy. La preocupación del mañana, más o menos remoto, no puede determinar en nosotros un renunciamiento de las propias convicciones. Si la próxima revolución será o no anarquista, lo dirás los acontecimientos. Bástenos a nosotros con sabernos capaces de aportar un caudal propio de energías a esa revolución y de contribuir con nuestras concepciones morales y económicas a la solución de los problemas de hoy. ¿Qué ganaría el anarquismo con un programa político y económico cuya realización exigiría previamente una serie de circunstancias favorables y la culminación de una etapa evolutiva que hoy no podríamos precisar?

Para suplir esa falta de un programa anarquista, el compañero Schapiro cree útil formular su teoría anarco-sindicalista. Y son las preocupaciones del mañana las que hacen exclamar a dicho camarada: "¿Será preciso al día siguiente de una revolución recurrir a medidas violentas contra los burgueses recalcitrantes y rehaños y contra todos sus agentes conscientes?" La pregunta es inquietante. Pero los anarco-sindicalistas la contestan, diciéndonos que bien pueden los trabajadores imponer su dictadura desde los sindicatos y asumir toda la responsabilidad de una revolución que no será fatalmente

anarquista... porque no podrán los anarquistas resolver de golpe y porrazo los problemas del mañana.

Se ve que el compañero Schapiro, mientras llega ese mañana famoso, y para no comprometer a la anarquía en una revolución próxima — que no será anarquista — crea una tendencia intermedia y la ofrece como la única solución de los problemas más inmediatos de la revolución proletaria.

Y veamos en qué se fundamenta el anarco-sindicalismo. Según Schapiro, las afirmaciones fundamentales de los anarco-sindicalistas son estas:

"1) Que la revolución próxima no será la encarnación de todo el ideal anarquista.

"2) Dado que la revolución estará, en un grado mayor o menor, penetrada del espíritu antistatal, es probable que el día siguiente será tal como la clase obrera, psicológicamente bastante madurada para la abolición del sistema burgués y para la realización de la igualdad integral, se encuentre de capaz para administrar la producción y organizar la vida social sobre nuevas bases".

En esa posibilidad de lo que sea una revolución próxima y del grado de capacidad adquirida entonces por el proletariado — es posible fundamentar una teoría progresista y libertaria? No. Si la revolución será lo que sea "psicológicamente" la clase trabajadora ¿qué valor tienen las teorías revolucionarias, el socialismo, el anarquismo o el anarco-sindicalismo? Es lo que no nos dice el anarco-sindicalista Schapiro.

En realidad, el anarco-sindicalismo no es una tendencia definida, con doctrina propia y con bases aciológicas y morales que permitan una explicación clara y concisa de sus fundamentos. Por eso el compañero Schapiro se pierde en vaguedades filosóficas, pretendiendo explicar los problemas del mañana, y se olvida de la realidad de hoy, que dehlera ser la inspiradora de todos los que aspiran a emancipar moralmente al hombre para colocarlo en situación de realizar el portento de marchar a la conquista de la vida.

En ese momento, antes de 1914, se ha discutido mucho, no sólo entre los escritores burgueses, sino también entre los anarquistas y los socialistas, sobre el valor y los efectos morales de la práctica del sabotaje.

Digamos enseguida que el sabotaje es un medio de lucha, no un principio político; y puede también tener inconvenientes morales, como cualquier arma de guerra, pero no es posible prescindir de él, al menos mientras la lucha sea necesaria. También el uso de la violencia, a la larga, tiene malos efectos morales; sin embargo no se puede renunciar a él, porque es impuesto por las condiciones mismas de la lucha entre oprimidos y opresores, entre explotadores y explotados.

Hoy, en período de preparación revolucionaria, en un régimen de sujeción forzada, necesitase en los oprimidos una psicología de lucha, muy diversa de la de una sociedad en la que todos los hombres sean hermanos. Hoy, es bien cierto, no somos hermanos; o lo somos sólo como lo eran Caín y Abel. Los proletarios no pueden libertarse sin perjudicar a sus hermanos... enemigos, que son los capitalistas. Y mientras entre estos y aquellos haya lucha, mientras la lucha sea necesaria y la revolución indispensable, será necesario que las masas obreras estén psicológicamente dispuestas a combatir en todos los campos y con todos los medios — especialmente con los medios que el trabajo pone a su disposición y en aquellos campos, como el taller, en que el capitalismo puede ser mejor y más directamente golpeado.

El sabotaje es, justamente, la lucha contra el patrón transportada dentro mismo del taller. Tiene una especial eficacia revolucionaria, precisamente por la tensión de hostilidad que impone al obrero que acepta y practica este método de lucha, sin contar su resultado práctico que es de una eficacia fuera de discusión.

Se podría hablar de una influencia malfélica si se hiciese del sabotaje, del bajar poco y mal, un sistema independiente de la lucha. Pero cuando el sabotaje es establecido de común acuerdo, como acto de guerra contra determinados patrones, que cesará al cesar las hostilidades — entonces basta su carácter beligerante para elevarlo y legitimarlo, para darle en el ánimo de los obreros el significado de un derecho y de un deber, para hacer

car también los útiles de trabajo y las máquinas? Bien que esta forma de acción pase los límites del sabotage, no obstante por afinidad se ha concluido por incluirlo; y es ella la que más hace chillar a los ganjos perodistas del capitulo capitalista!

Mientras que el sabotage propiamente dicho subroga a una huelga que no sea posible hacer, el deterioro de los instrumentos de trabajo puede también ser empleado para ayudar a una huelga a realizarse o ya iniciada. Los obreros que, en el momento de dejar el taller para empezar la huelga, tienen cuidado de poner la fábrica y las máquinas en condiciones de no poder funcionar, consiguen impedir que el patrón continúe la producción con personal crumiro. Se comprende que una acción de tal especie debe ser organizada inteligentemente, es decir de modo que, al cesar la huelga, los obreros puedan, sin mucha pérdida de tiempo y sin sacrificio propio, reemprender normalmente el trabajo: debe ser, en una palabra, proporcionada al fin.

Erróneamente, según mi opinión, se daría el nombre de sabotage a los actos de violencia, durante o después de una huelga, en perjuicio de los establecimientos o de la maquinaria, con medios de verdadera destrucción, como el acto de Souvarine en el *Germinal* de Zola. Estas formas de acción no son ya sabotage, sino que entran en una categoría de atentados individuales, que entre los anarquistas, en Rusia, antes del 1914, eran conocidos bajo el nombre de "terrorismo económico" — acción de carácter revolucionario e insurreccional indudablemente no despreciable, pero muy distinta del sabotage y que pasa los límites del cometido específico de acción del proletariado organizado.

El boicot, del que ya se ha hablado, puesto en práctica como forma de lucha contra el capitalismo, tiene por complemento lógico el "sabotaje", y uno y otro término son, ahora, casi siempre empleados juntos en el lenguaje habitual.

Esta palabra *sabotage* ha entrado hace apenas treinta años en el diccionario obrero y revolucionario. Y, como todas las palabras nuevas, de las que no se comprende enseguida y bien el significado, ha generado sobre sí una cantidad de leyendas, unas del todo estúpidas, otras completamente exageradas. Algunos llegan a confundir el sabotage con el atentado individual, otros lo hacen un sinónimo de vandalismo y de destrucción irrazonable, etc., etc.

"Sabottaggio" no es sino la adaptación a la lengua italiana (1) de la palabra francesa *sabotage*, del verbo *saboter*, que significa "acciabattare", es decir, hacer poco y mal, de cualquier modo, sin arte. Cuando en 1897 este método de lucha fué discutido en el congreso obrero de Tolosa, en Francia, Errico Malatesta fué el primero que habló de ello en Italia, y tradujo y publicó con un prefacio suyo la relación de Delesalle en ese congreso. Malatesta tradujo el francés *sabotage* con el italiano *acciabattamento*; pero ésta, que sería la verdadera locución italiana, no prestándose mucho al uso corriente en la propaganda, fué substituida con la palabra francesa italianizada *sabottaggio*.

Hoy este francesismo, como lo llamarían los puristas, ha entrado en el lenguaje habitual, y los anarquistas, los socialistas y los sindicalistas lo han aceptado sin más, también porque ahora tiene un significado menos restringido, más amplio en la precisa palabra correspondiente de la lengua italiana.

Como el boicot, también el sabotage ha tenido su origen en Inglaterra. Allí

te anarquista... porque no podrán los anarquistas resolver de golpe y porrazo los problemas del mañana.

desé un índice de acrecentada conciencia de clase.

No es cierto que el sabotage a oscuras rehuya la responsabilidad de las propias acciones. El obrero que lo efectúa corre riesgos como el de ser despedido, despedido y procesado! Y luego no se ha dicho que en la guerra no sea lícito, que sea inmoral, tratar de evitar los golpes enemigos, aun continuando en el combate.

Ni más justificado es el temor de que el sabotage tienda a disminuir la capacidad técnica del obrero e impida la formación del trabajador perfecto, necesario a una sociedad libertaria. Si en excepcionales períodos de lucha los trabajadores de un taller o industria limitan el ejercicio de su propia capacidad, el hecho es demasiado transitorio y restringido para que pueda influir de modo durable sobre la educación técnica y sobre la psicología de toda la clase trabajadora, hasta el punto de comprometer el porvenir!

La única objeción que tiene un valor serio desde el punto de vista revolucionario es que esta forma de acción, relativamente menos dificultosa y arriesgada que las otras, puede convertirse en un pretexto y un replegue para evitar emprender luchas más energías, un medio para no declarar una huelga que, sin embargo, sería necesaria, etc. "Munersela con la mercancía o con las máquinas puede parecer más cómodo que atacar directamente al patrón... Ciertamente, eso sería un mal!

Pero si el sabotage es organizado y llevado de modo serio y eficaz, aunque los obreros no tengan ganas de bajar a un terreno de lucha más energética y decisiva, el mismo capitalista los arrastrará, si no prefiere ceder a las demandas de los trabajadores. Por lo demás, corresponde a los revolucionarios resistir a las desviaciones, siempre posibles, recordando a los trabajadores que el sabotage, como método de lucha, precisamente porque es un método, no puede ser fin de sí mismo, y que tiene un escaso valor si no es acompañado, precedido y seguido de toda una actividad revolucionaria múltiple y diversa.

Es un episodio de la lucha revolucionaria, uno de los tantos medios de acción, efficacísimo sólo si va unido a todos los otros, como parte de todo un vasto y complejo programa de lucha.

Las objeciones que hacen al sabotaje los capitalistas tienen poquísimo valor: son las objeciones de los enemigos, esto es, válidas solo desde su punto de vista.

Con frecuencia sus críticas se basan sobre las más fantásticas calumnias. En los diarios al servicio del capitalismo se ha leído, muy a menudo, las cosas más extraordinarias. De escucharlas a ellos, el sabotage consistiría en deteriorar las mercancías en perjuicio del público más que del industrial, en mezclar substancias nocivas a los géneros alimenticios, en construir casas que se hundan pronto, en provocar choques de trenes, desastres en las fábricas, y todos los horrores imaginables.

Es inútil perder tiempo en desmentir tantas absurdidades! El sabotage tiende a herir al patrón, no al consumidor; es dirigido contra el interés particular del explotador y no contra el público. Los trabajadores tienen buen cuidado de distinguir los intereses del propietario contra el que están en lucha, de los de los consumidores de los productos, y no pueden olvidar que, en resumidas cuentas, ellos constituyen el mayor número de estos consumidores.

Que en ciertos casos, y en ciertos ramos de la industria, en ciertos servicios públicos, etc., también los consumidores puedan sufrir un perjuicio por las huelgas y los conflictos obreros en general, es inevitable. Pero no es por voluntad de los obreros o de sus sindicatos, y sucede independientemente de sus intenciones. De todos modos es un perjuicio que no alcanza a las mercancías cuyo sabotajeamiento pueda dañar la salud y la vida de los consumidores. El panadero, por ejemplo, por odio al patrón podrá gastar más harina de la necesaria, producir me-

El sabotaje es un medio de lucha, no un principio político; y puede también tener inconvenientes morales, como cualquier arma de guerra, pero no es posible prescindir de él, al menos mientras la lucha sea necesaria. También el uso de la violencia, a la larga, tiene malos efectos morales; sin embargo no se puede renunciar a él, porque es impuesto por las condiciones mismas de la lucha entre oprimidos y opresores, entre explotadores y explotados.

Hoy, en período de preparación revolucionaria, en un régimen de sujeción forzada, necesitase en los oprimidos una psicología de lucha, muy diversa de la de una sociedad en la que todos los hombres sean hermanos. Hoy, es bien cierto, no somos hermanos; o lo somos sólo como lo eran Caín y Abel. Los proletarios no pueden libertarse sin perjudicar a sus hermanos... enemigos, que son los capitalistas. Y mientras entre estos y aquellos haya lucha, mientras la lucha sea necesaria y la revolución indispensable, será necesario que las masas obreras estén psicológicamente dispuestas a combatir en todos los campos y con todos los medios — especialmente con los medios que el trabajo pone a su disposición y en aquellos campos, como el taller, en que el capitalismo puede ser mejor y más directamente golpeado.

El sabotaje es, justamente, la lucha contra el patrón transportada dentro mismo del taller. Tiene una especial eficacia revolucionaria, precisamente por la tensión de hostilidad que impone al obrero que acepta y practica este método de lucha, sin contar su resultado práctico que es de una eficacia fuera de discusión.

Se podría hablar de una influencia malfélica si se hiciese del sabotaje, del bajar poco y mal, un sistema independiente de la lucha. Pero cuando el sabotaje es establecido de común acuerdo, como acto de guerra contra determinados patrones, que cesará al cesar las hostilidades — entonces basta su carácter beligerante para elevarlo y legitimarlo, para darle en el ánimo de los obreros el significado de un derecho y de un deber, para hacer

car también los útiles de trabajo y las máquinas? Bien que esta forma de acción pase los límites del sabotage, no obstante por afinidad se ha concluido por incluirlo; y es ella la que más hace chillar a los ganjos perodistas del capitulo capitalista!

Mientras que el sabotage propiamente dicho subroga a una huelga que no sea posible hacer, el deterioro de los instrumentos de trabajo puede también ser empleado para ayudar a una huelga a realizarse o ya iniciada. Los obreros que, en el momento de dejar el taller para empezar la huelga, tienen cuidado de poner la fábrica y las máquinas en condiciones de no poder funcionar, consiguen impedir que el patrón continúe la producción con personal crumiro. Se comprende que una acción de tal especie debe ser organizada inteligentemente, es decir de modo que, al cesar la huelga, los obreros puedan, sin mucha pérdida de tiempo y sin sacrificio propio, reemprender normalmente el trabajo: debe ser, en una palabra, proporcionada al fin.

Erróneamente, según mi opinión, se daría el nombre de sabotage a los actos de violencia, durante o después de una huelga, en perjuicio de los establecimientos o de la maquinaria, con medios de verdadera destrucción, como el acto de Souvarine en el *Germinal* de Zola. Estas formas de acción no son ya sabotage, sino que entran en una categoría de atentados individuales, que entre los anarquistas, en Rusia, antes del 1914, eran conocidos bajo el nombre de "terrorismo económico" — acción de carácter revolucionario e insurreccional indudablemente no despreciable, pero muy distinta del sabotage y que pasa los límites del cometido específico de acción del proletariado organizado.

Emilio LOPEZ ARANGO

EL SABOTAGE

El sabotaje es un medio de lucha, no un principio político; y puede también tener inconvenientes morales, como cualquier arma de guerra, pero no es posible prescindir de él, al menos mientras la lucha sea necesaria. También el uso de la violencia, a la larga, tiene malos efectos morales; sin embargo no se puede renunciar a él, porque es impuesto por las condiciones mismas de la lucha entre oprimidos y opresores, entre explotadores y explotados.

Hoy, en período de preparación revolucionaria, en un régimen de sujeción forzada, necesitase en los oprimidos una psicología de lucha, muy diversa de la de una sociedad en la que todos los hombres sean hermanos. Hoy, es bien cierto, no somos hermanos; o lo somos sólo como lo eran Caín y Abel. Los proletarios no pueden libertarse sin perjudicar a sus hermanos... enemigos, que son los capitalistas. Y mientras entre estos y aquellos haya lucha, mientras la lucha sea necesaria y la revolución indispensable, será necesario que las masas obreras estén psicológicamente dispuestas a combatir en todos los campos y con todos los medios — especialmente con los medios que el trabajo pone a su disposición y en aquellos campos, como el taller, en que el capitalismo puede ser mejor y más directamente golpeado.

El sabotaje es, justamente, la lucha contra el patrón transportada dentro mismo del taller. Tiene una especial eficacia revolucionaria, precisamente por la tensión de hostilidad que impone al obrero que acepta y practica este método de lucha, sin contar su resultado práctico que es de una eficacia fuera de discusión.

Se podría hablar de una influencia malfélica si se hiciese del sabotaje, del bajar poco y mal, un sistema independiente de la lucha. Pero cuando el sabotaje es establecido de común acuerdo, como acto de guerra contra determinados patrones, que cesará al cesar las hostilidades — entonces basta su carácter beligerante para elevarlo y legitimarlo, para darle en el ánimo de los obreros el significado de un derecho y de un deber, para hacer

car también los útiles de trabajo y las máquinas? Bien que esta forma de acción pase los límites del sabotage, no obstante por afinidad se ha concluido por incluirlo; y es ella la que más hace chillar a los ganjos perodistas del capitulo capitalista!

Mientras que el sabotage propiamente dicho subroga a una huelga que no sea posible hacer, el deterioro de los instrumentos de trabajo puede también ser empleado para ayudar a una huelga a realizarse o ya iniciada. Los obreros que, en el momento de dejar el taller para empezar la huelga, tienen cuidado de poner la fábrica y las máquinas en condiciones de no poder funcionar, consiguen impedir que el patrón continúe la producción con personal crumiro. Se comprende que una acción de tal especie debe ser organizada inteligentemente, es decir de modo que, al cesar la huelga, los obreros puedan, sin mucha pérdida de tiempo y sin sacrificio propio, reemprender normalmente el trabajo: debe ser, en una palabra, proporcionada al fin.

Erróneamente, según mi opinión, se daría el nombre de sabotage a los actos de violencia, durante o después de una huelga, en perjuicio de los establecimientos o de la maquinaria, con medios de verdadera destrucción, como el acto de Souvarine en el *Germinal* de Zola. Estas formas de acción no son ya sabotage, sino que entran en una categoría de atentados individuales, que entre los anarquistas, en Rusia, antes del 1914, eran conocidos bajo el nombre de "terrorismo económico" — acción de carácter revolucionario e insurreccional indudablemente no despreciable, pero muy distinta del sabotage y que pasa los límites del cometido específico de acción del proletariado organizado.

El sabotaje es un medio de lucha, no un principio político; y puede también tener inconvenientes morales, como cualquier arma de guerra, pero no es posible prescindir de él, al menos mientras la lucha sea necesaria. También el uso de la violencia, a la larga, tiene malos efectos morales; sin embargo no se puede renunciar a él, porque es impuesto por las condiciones mismas de la lucha entre oprimidos y opresores, entre explotadores y explotados.

Hoy, en período de preparación revolucionaria, en un régimen de sujeción forzada, necesitase en los oprimidos una psicología de lucha, muy diversa de la de una sociedad en la que todos los hombres sean hermanos. Hoy, es bien cierto, no somos hermanos; o lo somos sólo como lo eran Caín y Abel. Los proletarios no pueden libertarse sin perjudicar a sus hermanos... enemigos, que son los capitalistas. Y mientras entre estos y aquellos haya lucha, mientras la lucha sea necesaria y la revolución indispensable, será necesario que las masas obreras estén psicológicamente dispuestas a combatir en todos los campos y con todos los medios — especialmente con los medios que el trabajo pone a su disposición y en aquellos campos, como el taller, en que el capitalismo puede ser mejor y más directamente golpeado.

El sabotaje es, justamente, la lucha contra el patrón transportada dentro mismo del taller. Tiene una especial eficacia revolucionaria, precisamente por la tensión de hostilidad que impone al obrero que acepta y practica este método de lucha, sin contar su resultado práctico que es de una eficacia fuera de discusión.

Se podría hablar de una influencia malfélica si se hiciese del sabotaje, del bajar poco y mal, un sistema independiente de la lucha. Pero cuando el sabotaje es establecido de común acuerdo, como acto de guerra contra determinados patrones, que cesará al cesar las hostilidades — entonces basta su carácter beligerante para elevarlo y legitimarlo, para darle en el ánimo de los obreros el significado de un derecho y de un deber, para hacer

car también los útiles de trabajo y las máquinas? Bien que esta forma de acción pase los límites del sabotage, no obstante por afinidad se ha concluido por incluirlo; y es ella la que más hace chillar a los ganjos perodistas del capitulo capitalista!

desé un índice de acrecentada conciencia de clase.

No es cierto que el sabotage a oscuras rehuya la responsabilidad de las propias acciones. El obrero que lo efectúa corre riesgos como el de ser despedido, despedido y procesado! Y luego no se ha dicho que en la guerra no sea lícito, que sea inmoral, tratar de evitar los golpes enemigos, aun continuando en el combate.

Ni más justificado es el temor de que el sabotage tienda a disminuir la capacidad técnica del obrero e impida la formación del trabajador perfecto, necesario a una sociedad libertaria. Si en excepcionales períodos de lucha los trabajadores de un taller o industria limitan el ejercicio de su propia capacidad, el hecho es demasiado transitorio y restringido para que pueda influir de modo durable sobre la educación técnica y sobre la psicología de toda la clase trabajadora, hasta el punto de comprometer el porvenir!

La única objeción que tiene un valor serio desde el punto de vista revolucionario es que esta forma de acción, relativamente menos dificultosa y arriesgada que las otras, puede convertirse en un pretexto y un replegue para evitar emprender luchas más energías, un medio para no declarar una huelga que, sin embargo, sería necesaria, etc. "Munersela con la mercancía o con las máquinas puede parecer más cómodo que atacar directamente al patrón... Ciertamente, eso sería un mal!

Pero si el sabotage es organizado y llevado de modo serio y eficaz, aunque los obreros no tengan ganas de bajar a un terreno de lucha más energética y decisiva, el mismo capitalista los arrastrará, si no prefiere ceder a las demandas de los trabajadores. Por lo demás, corresponde a los revolucionarios resistir a las desviaciones, siempre posibles, recordando a los trabajadores que el sabotage, como método de lucha, precisamente porque es un método, no puede ser fin de sí mismo, y que tiene un escaso valor si no es acompañado, precedido y seguido de toda una actividad revolucionaria múltiple y diversa.

Es un episodio de la lucha revolucionaria, uno de los tantos medios de acción, efficacísimo sólo si va unido a todos los otros, como parte de todo un vasto y complejo programa de lucha.

Las objeciones que hacen al sabotaje los capitalistas tienen poquísimo valor: son las objeciones de los enemigos, esto es, válidas solo desde su punto de vista.

Con frecuencia sus críticas se basan sobre las más fantásticas calumnias. En los diarios al servicio del capitalismo se ha leído, muy a menudo, las cosas más extraordinarias. De escucharlas a ellos, el sabotage consistiría en deteriorar las mercancías en perjuicio del público más que del industrial, en mezclar substancias nocivas a los géneros alimenticios, en construir casas que se hundan pronto, en provocar choques de trenes, desastres en las fábricas, y todos los horrores imaginables.

Es inútil perder tiempo en desmentir tantas absurdidades! El sabotage tiende a herir al patrón, no al consumidor; es dirigido contra el interés particular del explotador y no contra el público. Los trabajadores tienen buen cuidado de distinguir los intereses del propietario contra el que están en lucha, de los de los consumidores de los productos, y no pueden olvidar que, en resumidas cuentas, ellos constituyen el mayor número de estos consumidores.

Que en ciertos casos, y en ciertos ramos de la industria, en ciertos servicios públicos, etc., también los consumidores puedan sufrir un perjuicio por las huelgas y los conflictos obreros en general, es inevitable. Pero no es por voluntad de los obreros o de sus sindicatos, y sucede independientemente de sus intenciones. De todos modos es un perjuicio que no alcanza a las mercancías cuyo sabotajeamiento pueda dañar la salud y la vida de los consumidores. El panadero, por ejemplo, por odio al patrón podrá gastar más harina de la necesaria, producir me-

El sabotaje es un medio de lucha, no un principio político; y puede también tener inconvenientes morales, como cualquier arma de guerra, pero no es posible prescindir de él, al menos mientras la lucha sea necesaria. También el uso de la violencia, a la larga, tiene malos efectos morales; sin embargo no se puede renunciar a él, porque es impuesto por las condiciones mismas de la lucha entre oprimidos y opresores, entre explotadores y explotados.

Hoy, en período de preparación revolucionaria, en un régimen de sujeción forzada, necesitase en los oprimidos una psicología de lucha, muy diversa de la de una sociedad en la que todos los hombres sean hermanos. Hoy, es bien cierto, no somos hermanos; o lo somos sólo como lo eran Caín y Abel. Los proletarios no pueden libertarse sin perjudicar a sus hermanos... enemigos, que son los capitalistas. Y mientras entre estos y aquellos haya lucha, mientras la lucha sea necesaria y la revolución indispensable, será necesario que las masas obreras estén psicológicamente dispuestas a combatir en todos los campos y con todos los medios — especialmente con los medios que el trabajo pone a su disposición y en aquellos campos, como el taller, en que el capitalismo puede ser mejor y más directamente golpeado.

El sabotaje es, justamente, la lucha contra el patrón transportada dentro mismo del taller. Tiene una especial eficacia revolucionaria, precisamente por la tensión de hostilidad que impone al obrero que acepta y practica este método de lucha, sin contar su resultado práctico que es de una eficacia fuera de discusión.

Se podría hablar de una influencia malfélica si se hiciese del sabotaje, del bajar poco y mal, un sistema independiente de la lucha. Pero cuando el sabotaje es establecido de común acuerdo, como acto de guerra contra determinados patrones, que cesará al cesar las hostilidades — entonces basta su carácter beligerante para elevarlo y legitimarlo, para darle en el ánimo de los obreros el significado de un derecho y de un deber, para hacer

car también los útiles de trabajo y las máquinas? Bien que esta forma de acción pase los límites del sabotage, no obstante por afinidad se ha concluido por incluirlo; y es ella la que más hace chillar a los ganjos perodistas del capitulo capitalista!

Mientras que el sabotage propiamente dicho subroga a una huelga que no sea posible hacer, el deterioro de los instrumentos de trabajo puede también ser empleado para ayudar a una huelga a realizarse o ya iniciada. Los obreros que, en el momento de dejar el taller para empezar la huelga, tienen cuidado de poner la fábrica y las máquinas en condiciones de no poder funcionar, consiguen impedir que el patrón continúe la producción con personal crumiro. Se comprende que una acción de tal especie debe ser organizada inteligentemente, es decir de modo que, al cesar la huelga, los obreros puedan, sin mucha pérdida de tiempo y sin sacrificio propio, reemprender normalmente el trabajo: debe ser, en una palabra, proporcionada al fin.

Erróneamente, según mi opinión, se daría el nombre de sabotage a los actos de violencia, durante o después de una huelga, en perjuicio de los establecimientos o de la maquinaria, con medios de verdadera destrucción, como el acto de Souvarine en el *Germinal* de Zola. Estas formas de acción no son ya sabotage, sino que entran en una categoría de atentados individuales, que entre los anarquistas, en Rusia, antes del 1914, eran conocidos bajo el nombre de "terrorismo económico" — acción de carácter revolucionario e insurreccional indudablemente no despreciable, pero muy distinta del sabotage y que pasa los límites del cometido específico de acción del proletariado organizado.

Emilio LOPEZ ARANGO

EL SABOTAGE

El sabotaje es un medio de lucha, no un principio político; y puede también tener inconvenientes morales, como cualquier arma de guerra, pero no es posible prescindir de él, al menos mientras la lucha sea necesaria. También el uso de la violencia, a la larga, tiene malos efectos morales; sin embargo no se puede renunciar a él, porque es impuesto por las condiciones mismas de la lucha entre oprimidos y opresores, entre explotadores y explotados.

Hoy, en período de preparación revolucionaria, en un régimen de sujeción forzada, necesitase en los oprimidos una psicología de lucha, muy diversa de la de una sociedad en la que todos los hombres sean hermanos. Hoy, es bien cierto, no somos hermanos; o lo somos sólo como lo eran Caín y Abel. Los proletarios no pueden libertarse sin perjudicar a sus hermanos... enemigos, que son los capitalistas. Y mientras entre estos y aquellos haya lucha, mientras la lucha sea necesaria y la revolución indispensable, será necesario que las masas obreras estén psicológicamente dispuestas a combatir en todos los campos y con todos los medios — especialmente con los medios que el trabajo pone a su disposición y en aquellos campos, como el taller, en que el capitalismo puede ser mejor y más directamente golpeado.

El sabotaje es, justamente, la lucha contra el patrón transportada dentro mismo del taller. Tiene una especial eficacia revolucionaria, precisamente por la tensión de hostilidad que impone al obrero que acepta y practica este método de lucha, sin contar su resultado práctico que es de una eficacia fuera de discusión.

Se podría hablar de una influencia malfélica si se hiciese del sabotaje, del bajar poco y mal, un sistema independiente de la lucha. Pero cuando el sabotaje es establecido de común acuerdo, como acto de guerra contra determinados patrones, que cesará al cesar las hostilidades — entonces basta su carácter beligerante para elevarlo y legitimarlo, para darle en el ánimo de los obreros el significado de un derecho y de un deber, para hacer

car también los útiles de trabajo y las máquinas? Bien que esta forma de acción pase los límites del sabotage, no obstante por afinidad se ha concluido por incluirlo; y es ella la que más hace chillar a los ganjos perodistas del capitulo capitalista!

Mientras que el sabotage propiamente dicho subroga a una huelga que no sea posible hacer, el deterioro de los instrumentos de trabajo puede también ser empleado para ayudar a una huelga a realizarse o ya iniciada. Los obreros que, en el momento de dejar el taller para empezar la huelga, tienen cuidado de poner la fábrica y las máquinas en condiciones de no poder funcionar, consiguen impedir que el patrón continúe la producción con personal crumiro. Se comprende que una acción de tal especie debe ser organizada inteligentemente, es decir de modo que, al cesar la huelga, los obreros puedan, sin mucha pérdida de tiempo y sin sacrificio propio, reemprender normalmente el trabajo: debe ser, en una palabra, proporcionada al fin.

Erróneamente, según mi opinión, se daría el nombre de sabotage a los actos de violencia, durante o después de una huelga, en perjuicio de los establecimientos o de la maquinaria, con medios de verdadera destrucción, como el acto de Souvarine en el *Germinal* de Zola. Estas formas de acción no son ya sabotage, sino que entran en una categoría de atentados individuales, que entre los anarquistas, en Rusia, antes del 1914, eran conocidos bajo el nombre de "terrorismo económico" — acción de carácter revolucionario e insurreccional indudablemente no despreciable, pero muy distinta del sabotage y que pasa los límites del cometido específico de acción del proletariado organizado.

El sabotaje es un medio de lucha, no un principio político; y puede también tener inconvenientes morales, como cualquier arma de guerra, pero no es posible prescindir de él, al menos mientras la lucha sea necesaria. También el uso de la violencia, a la larga, tiene malos efectos morales; sin embargo no se puede renunciar a él, porque es impuesto por las condiciones mismas de la lucha entre oprimidos y opresores, entre explotadores y explotados.

Hoy, en período de preparación revolucionaria, en un régimen de sujeción forzada, necesitase en los oprimidos una psicología de lucha, muy diversa de la de una sociedad en la que todos los hombres sean hermanos. Hoy, es bien cierto, no somos hermanos; o lo somos sólo como lo eran Caín y Abel. Los proletarios no pueden libertarse sin perjudicar a sus hermanos... enemigos, que son los capitalistas. Y mientras entre estos y aquellos haya lucha, mientras la lucha sea necesaria y la revolución indispensable, será necesario que las masas obreras estén psicológicamente dispuestas a combatir en todos los campos y con todos los medios — especialmente con los medios que el trabajo pone a su disposición y en aquellos campos, como el taller, en que el capitalismo puede ser mejor y más directamente golpeado.

El sabotaje es, justamente, la lucha contra el patrón transportada dentro mismo del taller. Tiene una especial eficacia revolucionaria, precisamente por la tensión de hostilidad que impone al obrero que acepta y practica este método de lucha, sin contar su resultado práctico que es de una eficacia fuera de discusión.

Se podría hablar de una influencia malfélica si se hiciese del sabotaje, del bajar poco y mal, un sistema independiente de la lucha. Pero cuando el sabotaje es establecido de común acuerdo, como acto de guerra contra determinados patrones, que cesará al cesar las hostilidades — entonces basta su carácter beligerante para elevarlo y legitimarlo, para darle en el ánimo de los obreros el significado de un derecho y de un deber, para hacer

car también los útiles de trabajo y las máquinas? Bien que esta forma de acción pase los límites del sabotage, no obstante por afinidad se ha concluido por incluirlo; y es ella la que más hace chillar a los ganjos perodistas del capitulo capitalista!

desé un índice de acrecentada conciencia de clase.

No es cierto que el sabotage a oscuras rehuya la responsabilidad de las propias acciones. El obrero que lo efectúa corre riesgos como el de ser despedido, despedido y procesado! Y luego no se ha dicho que en la guerra no sea lícito, que sea inmoral, tratar de evitar los golpes enemigos, aun continuando en el combate.

Ni más justificado es el temor de que el sabotage tienda a disminuir la capacidad técnica del obrero e impida la formación del trabajador perfecto, necesario a una sociedad libertaria. Si en excepcionales períodos de lucha los trabajadores de un taller o industria limitan el ejercicio de su propia capacidad, el hecho es demasiado transitorio y restringido para que pueda influir de modo durable sobre la educación técnica y sobre la psicología de toda la clase trabajadora, hasta el punto de comprometer el porvenir!

La única objeción que tiene un valor serio desde el punto de vista revolucionario es que esta forma de acción, relativamente menos dificultosa y arriesgada que las otras, puede convertirse en un pretexto y un replegue para evitar emprender luchas más energías, un medio para no declarar una huelga que, sin embargo, sería necesaria, etc. "Munersela con la mercancía o con las máquinas puede parecer más cómodo que atacar directamente al patrón... Ciertamente, eso sería un mal!

Pero si el sabotage es organizado y llevado de modo serio y eficaz, aunque los obreros no tengan ganas de bajar a un terreno de lucha más energética y decisiva, el mismo capitalista los arrastrará, si no prefiere ceder a las demandas de los trabajadores. Por lo demás, corresponde a los revolucionarios resistir a las desviaciones, siempre posibles, recordando a los trabajadores que el sabotage, como método de lucha, precisamente porque es un método, no puede ser fin de sí mismo, y que tiene un escaso valor si no es acompañado, precedido y seguido de toda una actividad revolucionaria múltiple y diversa.

Es un episodio de la lucha revolucionaria, uno de los tantos medios de acción, efficacísimo sólo si va unido a todos los otros, como parte de todo un vasto y complejo programa de lucha.

Las objeciones que hacen al sabotaje los capitalistas tienen poquísimo valor: son las objeciones de los enemigos, esto es, válidas solo desde su punto de vista.

Con frecuencia sus críticas se basan sobre las más fantásticas calumnias. En los diarios al servicio del capitalismo se ha leído, muy a menudo, las cosas más extraordinarias. De escucharlas a ellos, el sabotage consistiría en deteriorar las mercancías en perjuicio del público más que del industrial, en mezclar substancias nocivas a los géneros alimenticios, en construir casas que se hundan pronto, en provocar choques de trenes, desastres en las fábricas, y todos los horrores imaginables.</

PAGINA DE ARTE

EUGENIO CARRIERE

II

Un retrato de Carriere es una profunda evocación. Mientras viva, sus modelos conservarán su estructura y el espíritu que la mantiene. La edad, el ambiente, el dolor, podrán surcar la corteza, pero el ser íntimo permanecerá sin que su evocación necesaria haya podido modificar el principio que preside a la lógica y a la regularidad de esa evolución, el carácter. Por esto sus planos tienen la belleza de esos rostros. La sombra y el sol, la estación, que son para el paisaje lo que las aventuras de la vida son para la figura del hombre, revolucionarán esa superficie; pero su fisonomía profunda se conservará... De aquí esas telas formidables hechas de tierras, de aguas, de cielos eternos, donde no se sabe si el alma errante del espacio se escapa de la vida o si viene a sembrar la muerte.

Esto no es todo. Carriere sigue en el ser humano, en el ambiente que habita, el desarrollo y la conservación de la energía universal, ha visto a esta energía precipitarse en bloque hacia el mismo hogar sentimental de millares de seres que se ignoran.

El "Teatro de Belleville" da a su obra un significado completo. El hombre nace, el hombre crece, el hombre a veces se eleva por encima de los hombres, impulsado por fuerzas oscuras que toda la vida anterior ha depositado en él. Pero las ligaduras que no puede romper lo atan. Lo que piensa en él, es lo que vive en el átomo, en la célula, la planta, la bestia, y en el más estrecho de sus semejantes. Apenas si es una ola en la superficie del mar. El alma es una como la forma y se confunde con la forma en el cuerpo del universo.

Sin embargo, de este humano coplota, cuya vida fue de sumisión a la enseñanza de la vida, se ha querido hacer yo no sé qué apóstol de un espiritualismo nuevo, como si la existencia misma del arte plástico no bastara a probar la unidad de la naturaleza. Extraño malentendido y que no se puede explicar sino remontándonos a las circunstancias particulares entre las cuales esta obra se ha producido y desarrollado.

En el momento en que Carriere trataba de dar del mundo exterior su personal interpretación, el impresionismo triunfaba. Respondía a las necesidades de la hora, volvía con elementos nuevos, por rutas nuevas, a la verdadera tradición. Pero por reacción contra el idealismo infantil de academismo y del arte demasiado literario del romanticismo, desoía el buscar todo lo que no fuera la inmediata sensación. Pretendía anotar únicamente las modificaciones pasajeras que el aire, el viento, las estaciones, la luz y la sombra, la altura del sol, imprimían a la superficie del mundo. Nunca buscó la figura profunda. No quiso ver, a través de la corteza de las formas, el íntimo resplandor de la vida.

Ahora bien, este resplandor, Carriere lo ha aferrado. Su obra no es sólo una protesta contra el impresionismo, del cual supo reconocer la acción bienhecho-

ra. Ella ha sabido únicamente penetrar la superficie móvil que el impresionismo despojaba de fórmulas, procedimientos y mentiras, y los que no habían comprendido el impresionismo no han comprendido tampoco a Carriere, cuando no se lo opusieron, invocando el valor moral de su arte.



Tranquillo Cremona: "Melancolía"

Cremona es uno de los artistas modernos que más influencia ha tenido en Italia y con razón se lo coloca entre los iniciadores de las nuevas corrientes.

Carriere no conoce fuerzas independientes en ese mundo de las formas donde penetra con fervor religioso. Para aferrar su influencia sobre el desarrollo superior del pensamiento contemporáneo, es necesario comprender la idea central que le da su dirección. "Yo no sé — ha escrito — si la realidad se substrahe al espíritu, siendo un gesto una voluntad visible. Yo los he sentido siempre unidos". No es acaso una adhesión formal a la gran filosofía natural a la cual su obra entera, por su sobriedad y su fuerza de síntesis, es una equivalencia plástica? Un narrador de anécdotas, por brillante y aun por grave que fuera, no podría atraer ni retener en tal grado. Carriere

está en el punto de contacto de todos los problemas humanos. La idea moderna orienta su esfuerzo, idea que él es el único capaz de expresar sin literatura, en su sola emoción directa, por la asociación de las formas, de los sentimientos y de los valores, como pintor admirable que es: la unidad de los fenómenos complejos que nos revelan el universo exterior. Sin duda, entre los grandes artistas no hay uno sólo que no nos haya dado esa sensación esencial. La obra ha nacido

del siglo que concluía. Ella es la más justa justificación estética de la obra de Lamarck, de Darwin, de Haeckel. El ha probado con la observación de formas generales, como Lamarck, Darwin, Haeckel con la observación de formas particulares, que los órganos se reúnen en la sustancia de la vida, y por lo tanto ha demostrado la necesidad orgánica de la solidaridad entre los hombres.

He aquí por qué su obra es consoladora, he aquí por qué los hombres pueden conculgar en ella con entera confianza. ¿Cómo ha podido ser tachada de pesimismo? Posiblemente porque su lenguaje corto, con su recogida gravedad, las charlas circundantes. Una fanfarra militar atrae más gente que un clavecín de Beethoven en una habitación solitaria abierta sobre la noche. La irradiación interior del arte, egipcio, la serenidad del arte griego parecen fríos a los que no han escuchado nunca hablar al silencio. Y la fe de Carriere en una humanidad más una, imagen proyectada, en el cielo de nuestra esperanza, de un niño suspendido en el pecho de una madre, gasta la alegría de los que no han comprendido nunca cual es la alegría verdadera.

Porque este gran hombre ha sido un espíritu fraternal, porque su arte hunde sus raíces en la vida misma de una época, él reúne a todas las épocas en la eternidad de la vida. En él vienen a liberar la generosidad de Rubens, la nobleza de Velázquez, la humanidad de Rembrandt y la fuerza de Miguel Ángel. Por encima del hacinamiento vertiginoso de las edades, su testimonio se asocia al testimonio de los artesanos de Egipto y del estatuario Fidias. Su obra vive en la vida esencial. Penetra en las fuentes de la realidad. Es grave. Simple. Ella consiste en la naturaleza.

Elle FAURE

El arte italiano

La exposición en los Salones del Retiro

Italia tiene el prestigio indiscutible de su grandioso Renacimiento. Ni comenzo ni fin, el Renacimiento es uno de los períodos de transición más brillantes de la historia de Europa. Para unos, para los simplistas que no ven en el período medieval sino una "negra noche de esclavitud y de ignorancias", es un despertar del espíritu humano, para otros no es sino la consecuencia lógica del florecimiento, en un momento de la continua evolución del hombre. El arte del Renacimiento es una continua expresión colectiva y tiene un rol bien determinado.

Expreso o no la religiosidad de la época, el arte es ante todo un elemento de ornato — obra de artesanos, que no vive por sí, que no tiene, aun la independencia absoluta que le dará el cuarto de caballete, ni la arrogante pedantería que tendrá más adelante, cuando interprete conceptos cerebrales. La grandiosidad de los grandes artistas reside precisamente en que han realizado su obra como decoradores. Desde Giotto a Rafael, todos

buscan en un esfuerzo concurrente la perfección plástica de sus obras, apoyándose en la naturaleza, pero no copiándola. Movimientos, gestos, expresiones, todo se somete a un ritmo, a un orden preestablecido. La forma real no es la finalidad del arte, es su medio.

Su inspiración está sometida al arte sano concienzudo, a quien, las grandes superficies a cubrir y la técnica empleada, — el afresco que exige rapidez de ejecución — obligan a las grandes síntesis, a una labor interpretativa, a una expresión de equivalentes y no a la copia servil de la naturaleza. De aquí la claridad, la armonía del color, del ritmo y de las masas, en una palabra, el estilo grandioso de los afrescos anteriores a Rafael. Porque el estilo verdadero es una consecuencia, fruto del temperamento del artista como de la materia empleada. Es decir, carácter espiritual y aspecto exterior.

Es curioso e instructivo observar como apenas surge en el Renacimiento la preocupación del estilo, cuando se tiene conciencia de él y se lo busca, comienza

pas y principios cultos desvían el arte, creando la Academia, es decir, el formalismo y la muerte. Mientras los señores fueron ignorantes, o, mejor dicho, mientras el saber era realmente una curiosidad del espíritu, el arte fue espontáneo y grande. Luego, la pedante cultura, el buen decir y las alambicadas y sofisticadas elucubraciones aretinescas, fueron, como nuestro actual enciclopedismo, una brillante hoja de parra puesta ante la más crasa ignorancia. Desde entonces ha comenzado en el arte el dualismo de lo Bello y de la Verdad, puntos extremos entre los cuales oscila como un péndulo el arte europeo, es decir, entre lo amanerado y lo falso y lo vulgar. Entre la pretensión literaria y lo anodino. Tal es la historia de Italia desde el Típolo, último resplandor de la gloriosa época, a nuestros días.

En resumen, el arte italiano tiene como característica tradicional una marcada proclividad a la grandilocuencia, que se traduce hoy día en una excesiva preocupación por el efecto, por el aspecto artístico de la obra. De aquí que, salvo las



Domenico Morelli: Boceto de un grupo del cuadro "Thalita cumi"

Morelli ha sido el propulsor y el representante más destacado del arte italiano moderno, en la baja Italia. Idealista y tradicionalista sincero, su influencia fue saludable en el nuevo renacimiento de Italia.

mucho honrosas excepciones y que citaremos en otra charla, los artistas italianos miran a la naturaleza cerebralmente, no encontrando en ella de artístico sino ciertos y determinados aspectos grandiosos; de aquí su teatralidad.

La exposición que se realiza actualmente, en los Salones del Retiro y en el Museo Nacional, de Arte Italiano moderno, y de Arte italiano retrospectivo, respectivamente, dan lugar a más de una saludable meditación. En general, falta en los artistas modernos recogimiento y emoción, como sobre tamaño; no así en los artistas que se exhiben en el Museo, y cuyas obras, de tamaño pequeño, sino alcanzan siempre a ser grandes obras, tienen todas una conciencia y un amor profundo por la naturaleza, que contrasta mucho con el espíritu de las obras modernas, vacías y aparatosas. Mal que no es italiano solamente, sino universal y que proviene de las circunstancias sociales, archiconocidas, de la época que vivimos.

Y aunque más no fuera que por ver a las dos personalidades más interesantes del arte italiano moderno, discutibles naturalmente, Wildt y Mancini, la exposición italiana merece la pena de visitarse.

Z E R O

MAX NETTLAU

La muerte de tres viejos anarquistas

Para LA PROTESTA

VICTOR DAVE

La larga vida de Victor Dave, muerto en noviembre de 1922 en París, recuerda aun muchas otras épocas y medios de la historia de la anarquía que las que recordan las de los dos camaradas inglés y suizo ya esbozadas en lo que precede.

Nació el 25 de enero de 1847 en Alost y pasó su juventud en Hasselt; de Bélgica. Su familia, archiburguesa, era enemiga de las ideas avanzadas y más tarde, cuando vio que el joven profesaba seriamente tales ideas, fue, puede decirse, excluido de la familia de una manera cruel y abandonado a sus propios recursos, que tenían un valor comercial pequeño, para el resto de su vida. Pero durante sus estudios del Liceo y algunos años de Universidad había podido gozar de bastante latitud y su disposición le impulsó muy joven, en oposición al ambiente clerical o a lo sumo liberal-doctrinario, a dedicarse a la lectura y al estudio de todo lo que pudo encontrar de radical en política, de librepensador en crítica religiosa y de bastantes escritos económicos para darse cuenta de los problemas sociales sobresalientes, es decir, de la insuficiencia de las soluciones puramente formales, exteriores, por el radicalismo político y solamente intelectuales por el libre pensamiento, y de la necesidad ante todo de la solución equitativa del grave problema social. Esto fue hasta que, para un adolescente, sin contacto con la vida real y que no vivía más que en el mundo de las ideas, de la historia, de los libros, su ambiente favorito hasta el último día y que le consoló siempre, sea de la miseria que sufría irremediablemente de su puerta, sea de la matevolencia o la estupidez de los hombres de que debía encontrar tanta en el curso de su vida.

Desde el año de 1864 fue estudiante en la Universidad de Lieja, donde se entregó a estudios de filosofía, historia y literatura, que hubieran podido terminar en la carrera de la enseñanza. Pero el torbellino de la vida radical y socialista, muy fuerte entonces en una élite de los estudiantes de Lieja, se apoderó de él, y se entregó enteramente al movimiento, primero estudiantil, luego obrero, y fue absorbido por esa corriente para toda su vida. Esto pasaba en el año que precedió al famoso primer congreso internacional de los socialistas y revolucionarios celebrado en Lieja en septiembre de 1865, congreso en el cual tomó parte con pleno conocimiento de causa.

Fue una época de renovación, la misma que en 1864 había visto la fundación de la Internacional en Londres. Las mismas fuerzas que impulsaron entonces a los obreros a levantarse contra el viejo sistema, llenos de entusiasmo y de esperanza, obraban también con una élite de estudiantes. De diez a quince años después de la derrota de las esperanzas de 1848 y 1851, los hombres de corazón del pueblo y de la juventud eran bastantes y se removió generalmente. Había un Garibaldi en Sicilia y en Nápoles, y la insurrección de los polacos contra el zarismo, el despertar de los obreros por la Internacional y la voluntad firme de la juventud francesa de no desarmarse antes de la caída del tirano universal, del sátrapa Napoleón III. Y una parte considerable, la más generosa, de esta juventud de las escuelas hizo francamente causa común con los obreros socialistas.

No es inútil hablar de eso un poco; porque si en esa juventud hubo dos futuros políticos y jefes de la república francesa — Clemenceau mismo era joven entonces y participó en 1862 en un periódico, suprimido pronto, "Le Travail", y en muchas otras actividades republicanas, pero jamás socialista, y cuando la lucha se hizo más aspera, en París, emigró a New York hasta la caída del imperio — había también en ella los hombres de la Comuna que supieron morir por su causa, como Vermorel, Rigault, el doctor Tony Molin y muchos otros. Y sabemos

también que de esa juventud estudiantil salen, al lado de los hombres de ciencia, los médicos, etc., las fuerzas técnicas indispensables para la producción sería y práctica, y únicamente la cooperación fraternal de las diversas categorías de obreros y de todo el esplendor que la ciencia representada por los técnicos puede dar a la producción, únicamente una cooperación semejante puede asegurar una producción vasta, rica, rápida que dé a la sociedad nueva — desembarazada de los burgueses-propietarios, y del personal gobernante, simples parásitos — esa abundancia que le atraerá todas las simpatías, en lugar de la penuria y la miseria que impondría una ausencia de esa cooperación, sin contar que entonces los autoritarios, los nuevos gobernantes y dictadores tendrían el campo libre, como sucedió en Rusia. Si hoy una enorme masa de faltas, errores, malentendidos, prejuicios de todas partes, han hecho de la juventud hacia el fascismo, no hay que desesperarse, es preciso reconquistar las fuerzas vivas que contiene y el ejemplo de la juventud del Barrio Latino de París del sesenta, de la juventud internacional del congreso de Lieja, en 1865 vale la pena de ser evocado.

Si en París ese movimiento de la juventud frente al gobierno imperial omnipotente adoptó necesariamente un carácter de lucha aguda por la demostración, la conspiración, el panfleto y el pequeño periódico, vivo, cortante, suprimido y reaparecido continuamente, con un solo lugar de completa libertad, un solo oasis, la prisión política de Santa Pelagia, en que la mayor parte de los militantes pasó la mitad de su tiempo como prisionero o visitante, libre para visitarse entre sí, para discutir, para conspirar, para transmitir la tradición revolucionaria, — en Bélgica se estaba cómodo para estudiar, para profundizar las teorías, las ideas, y para entrar en contacto con una élite de obreros ya conquistados para las tendencias democráticas y sociales.

Varios revolucionarios — reticados en Bélgica — habían creado allí grupos de amigos y de discípulos, como una generación antes el baveuista Buonarroti, más tarde Proudhon, en el sesenta también el viejo Blaquière, que había antes en su prisión de París reclutado una parte de esa juventud para sus ideas y su conspiración. Había allí también diversos elementos socialistas belgas, la Escuela de Colitis y de Pöttey, algunos socialistas revolucionarios que habían publicado "Le Proletaire" y grupos de libres-pensadores socialistas muy avanzados, "Les Socialistes", y otro que publicaban "Le Tribune du Peuple" en Bruselas desde 1861. En el centro de estos últimos estaba Desiré Brimmes, un impresor cuya prensa estaba a disposición del movimiento, sus dos yernos fueron César de Paep y Eugenio Hines, este último profesor, uno de los colectivistas de la Internacional. De Paep de origen muy pobre, se había hecho tipógrafo; pero estudió igualmente la medicina y se hizo doctor. Había conocido a Proudhon en sus últimos años y dio una célebre conferencia en el grupo de Fatignies (cerca de Namur), el 31 de diciembre de 1863 que concluyó con un himno a la anarquía. De ese medio, la asociación "Le Peuple", creación de "Les Socialistes", salió pronto la Internacional de Bruselas y otras secciones en provincias, entre ellas la de Lieja, en cuya fundación participó ya el joven Dave.

Había allí una juventud, cuatro o cinco años más vieja que Dave, que estaba por tanto en 1865 al fin de sus estudios y en posiciones de periodistas progresivos, abogados, etc., tales como Victor Arnould (nacido en 1838), Hector Denis y Guillermo de Greef (de 1842). Paul Janson (el famoso orador radical, nacido en 1840), etc., hombres ganados para el propio movimiento, para el positivismo, algunos como Paul Janson sólo para el radicalismo político. Había entonces viejos democratas muy sinceros en Bélgica, los Joffrand y Luis Labarre, todos enemigos a muerte

del liberalismo doctrinario de los burgueses encarnado en el tipo de Herman Orhan. Al lado de los órganos de la Internacional se fundó *La Liberté* (1867-1873), en que los Victor Arnoul y muchos otros, hombres de gran talento, profundizaron el proudhonismo y el positivismo en una dirección revolucionaria, discutieron el colectivismo y se asociaron más y más a las ideas de la Internacional. Así, una hoja nacida en París, la *Revue Ganche*, en que el famoso panfletista de Rogeard, *Las palabras de Luvierus*, hacera al bandido imperial, se refugio en Bruselas (1865-66) y tuvo la coacción de los proudhonianos revolucionarios.

Es, pues, en ese medio, donde transcurre la juventud de Victor Dave, que después de dos años en Lieja pasó a la Universidad de Bruselas. El congreso de Lieja, seguido de persecuciones en Francia y en Bélgica, había tomentado el movimiento intensivo de los estudiantes de Lieja, en el cual se creó en 1866 el *Journal des Etudiants*; existían también los *Annates* de los congresos, — el segundo se celebró en Bruselas en septiembre de 1867 y el tercero en Gante en diciembre de 1868; este último fue el más revolucionario. Además existía la *Voix des Ecoles* de Bruselas.

Pronto la internacional tuvo numerosas secciones, el movimiento fué intensificado por grandes huelgas de mineros y por crueles masacres de huelguistas y las ideas aun vacilantes algunas veces tomaron en 1868-69 definitivamente la forma del colectivismo anarquista, parecido al de Bakunin y la Federación jurasiana en Suiza, con las que tenía relaciones de simpatía, pero las relaciones de Bakunin en Bélgica, sin hablar siquiera de su influencia, eran nulas. El mismo Marx y el consejo general de Londres no tenían ningún influjo sobre los belgas que se desenvolvieron en la Internacional en la más absoluta autonomía, — lo que da una nueva prueba del hecho de que un socialismo sincero, desarrollándose normal y libremente se hace anarquista por sí mismo.

Se produjo en Bélgica, principalmente en 1870 y 1871, una nueva idea en socialismo, ampliamente expuesta en *La Liberté* de Bruselas, y que fascino a muchos internacionalistas durante algún tiempo, pero la crisis general que siguió a la derrota de la Comuna no permitió difundir la ampliamente. Fue lo que se llamaba la *representación del trabajo*; se formarían "Cámaras del trabajo" que reunirían a todos los obreros y estos tomarían en sus manos, uno tras otro, sus propios asuntos y los regularían por decisión común sin preocuparse de la Cámara política y de la legislación oficial. Generalizándose esta acción directa se quitaría toda fuerza vital al Estado ya la burguesía, que no podrían contar ya con la obediencia pasiva de los obreros, y éstos no cuidarían ya de los zánganos y de los demás parásitos. Esto era, pues, un socialismo anarquista por la acción directa y su propaganda hubiera podido dar un gran ímpetu a una verdadera iniciativa popular, mientras que más tarde se hizo maniobrar a los pobres obreros belgas durante veinte o treinta años para hacerse conceder gratuitamente el sufragio universal, o un sufragio más extenso al menos, que obtuvieron treinta años después y que les ha servido para bien poca cosa.

Se convendrá en que este fué un período interesante de la historia de la anarquía; es muy poco conocido, porque casi todos los participantes pasaron unos años después al socialismo parlamentario o sacaron de otro modo su afil del juego y no hablaron más que esos años de la juventud generosa. Sería necesario releer los viejos periódicos, tan raros ya, y era preciso oír hablar a Dave de esos tiempos pasados. No tengo la pretensión de decir que desempeñé un papel principal en ellos; era de los más jóvenes que entraron en un movimiento ya en plena formación. Pero fué uno de los pocos que perseveraron cuando muchos otros, desilusionados sobre todo por la derrota desastrosa de la Comuna, se retiraron de una causa que veían cruelmente presta a prueba y debilitada para largo tiempo. Se mantuvo firme, y esta actitud hizo que su familia rompiera con él, no siguió ninguna carrera burguesa, y fué desde entonces lo que permaneció siendo hasta

su fin, un proletario literario. Porque i.o quiso venderse al gran periodismo que paga, pero que exige que se venda su opinión, y lo que pudo hacer en un periodismo democrata (colaboró en *Le Peuple* de Luis Labarre) o en trabajos literarios secundarios y neutros fué bien débilmente pagado. Hizo un viaje a Nápoles para asistir al llamado Anticongreso, congreso de librepensadores para protestar contra el Concilio del Papa Pio IX celebrado en el Vaticano.

Conocía bien el flamenco y tomó parte en la Internacional de Holanda donde los órganos *Tockomst* y *Vrijheid* de La Haya, en los cuales colaboró, tenían un carácter claramente anarquista. Después de quedar en Verviers y publicó, de octubre de 1872 a marzo de 1873, la *Utenia popular*, órgano anarquista avanzado. En esa época una crisis, o más bien la crisis de esos años, creó una situación revolucionaria en Verviers, pero ya los hombres de Bruselas habían perdido el ímpetu y las esperanzas y no hicieron nada para generalizar el movimiento.

Estaba entre los delegados de Holanda al congreso de La Haya, septiembre de 1873, en que Marx, Engels y sus acólitos creyeron poder aplastar con sus maniobras el espíritu anti-autoritario en la Internacional y arruinar a sus portavoces, Bakunin, James Guillaume y otros. Pero Guillaume reunió la minoría anti-autoritaria que se asoció por un pacto para resistir en común las usurpaciones autoritarias, y cuando Marx creyó triunfar, Victor Dave, elegido por sus camaradas, se levantó y leyó la famosa declaración de la minoría, confirmada bien pronto por el congreso de Saint Imier en Suiza. Si se toma el pacto de solidaridad de Saint Imier, — recordado en septiembre de 1922 por los mítines de Biene y Saint Imier, a los que asistió Malatesta, el úni-

co superviviente de septiembre de 1872 — por el punto de origen principal del movimiento anarquista internacional moderno, Dave, al lanzar a la cabeza de Marx el desafío de la declaración leída en La Haya, estuvo así en el verdadero origen del movimiento. Pero estas son constataciones sin importancia: cuanto más se estudia el movimiento del sesenta al setenta, más se ven las firmes raíces que habla echado ya la anarquía.

Dave participó también en el congreso internacional de Ginebra, en septiembre de 1873, en que fué formalmente reconstituida la Internacional. Después de ese congreso visitó a Guillaume en Neuchâtel y con él fué a ver a Bakunin en Berna.

Poco después, y ya de antes de ese congreso, tuvo fuertes disensiones en una sección de Verviers y consecuencia de las cuales se retiró del movimiento local. No pregunté nunca a Dave por los detalles de este asunto, pero sé por un gran número de cartas de Pierre Flusse, obrero tejedor, el internacionalista más conocido de Verviers y de esos tiempos y de mucho antes y después, cartas íntimas dirigidas a Dave, en que lo consideraba víctima de intrigas y en que él y otros que nombra le conservaban todavía largos años después toda su amistad y su estima.

(Concluirá en el próximo número)

NOTA DE REDACCION — Los lectores habrán advertido que por un involuntario descuido, en el anterior artículo hemos omitido, en el título, el nombre del camarada Jorge Herzig, que es de quien habla Nettlau.

EXTRAJOS INTERNACIONALES

Desde hace diez años suspira la humanidad bajo cargas opresivas y peligros amenazadores. Es verdad que la terrible matanza de masas fué paralizada desde hace algunos años, pero las naciones continúan desgarrándose mutuamente. La lucha no ha terminado sino que ha tomado otras formas. Los trabajadores, los desposeídos, los proletarios son los que sufren del modo más terrible. Ellos son los que tienen más razón para salir de la actual miseria, los que por su número y su significación especial están más en condiciones para ello. El capitalismo es internacional y la explotación es también internacional. Una unión internacional del proletariado es una necesidad impostergable. Hay que abolir la explotación en todos los países, hay que contrarrestar los ataques del capitalismo internacional, hay que superar las rivalidades nacionales. Finalmente una Internacional obrera socialista tiene aun el fin de deshacer las fronteras y las barreras estatales y abrir el camino en el mundo entero a un nuevo orden de relaciones sociales, que implique la realización del ideal del socialismo.

Se han hecho ya tan a menudo ensayos tantos, en esta dirección, que los trabajadores observan con justa desconfianza todo nuevo empeño para la fundación de una Internacional que pudiera llenar todas estas tareas. Ya en 1886 tuvo lugar en Ginebra un Congreso que se planteó la misión de fundar una Internacional obrera. Si bien el movimiento obrero no tenía como hoy la difusión numéricamente considerable, surgió sin embargo con el nombre de Asociación Internacional de los Trabajadores una federación que abarcaba las organizaciones obreras de todos los países. Al principio esa Asociación Internacional de los Trabajadores fué impulsada por las más bellas esperanzas y tuvo también las mejores perspectivas de llegar a ser una verdadera organización de lucha que podía conducir a la liberación del oprimido proletariado. Desgraciadamente la clase obrera no dejó llegar a su completo desenvolvimiento su organización internacional. Pronto se desarrolló bajo la dirección de Carlos Marx, que pertenecía a los fundadores de la Primera Internacional, la tendencia a subordinar la federación internacional a las

ideas marxistas. Para conseguir esto se debió abolir el carácter federalista de la Asociación Internacional de los Trabajadores y crear una estructura centralista de organización, que debía dar al consejo general plenos poderes. Las condiciones políticas acucieron en ayuda de estos proyectos. Durante la guerra franco-alemana de 1870-71 no fue posible la celebración de un congreso. Por consiguiente el consejo general convocó una conferencia en Londres en la que los organizadores se aseguraron una mayoría y hicieron triunfar sus ideas. En esa conferencia no se les fué quitado a las organizaciones adheridas el derecho a la autodeterminación, sino que debieron también comprometerse a tomar parte en las actividades parlamentarias.

Era de prever que el ala latina de la Internacional no estaría de acuerdo con esas resoluciones y que semejantes maquinaciones llevarían el germen de la escisión. En estas circunstancias el congreso de La Haya produjo, en 1872, la escisión al ser excluidos los representantes de la autonomía y del federalismo, Miguel Bakunin y James Guillaume, por los más distinguidos defensores de la tendencia autoritaria. Los adversarios de la dictadura del consejo general fueron de La Haya a Saint-Imier, Suiza, y celebraron allí un congreso propio. Este fué el congreso anti-autoritario que recibió principalmente la adhesión de los países latinos. En ese congreso fueron adoptadas resoluciones en que se expresa claramente la concepción que adquirió nueva vida en la Asociación Internacional de los Trabajadores sindicalista. Pero a la larga, ninguna de las partes separadas de la Primera Internacional tenía posibilidad de vivir y murieron finalmente gracias al germen inoculado por Marx y sus adeptos.

Más tarde se volvieron a encontrar los socialistas y fundaron la Segunda Internacional. En esa Internacional tuvieron desde el comienzo la mayoría los parlamentarios. El movimiento obrero marchó después de 1871 por los caminos de los partidos políticos parlamentarios, y cuando los anarquistas y anarco-sindicalistas (1) fueron excluidos en 1896 en el congreso de Londres, cayó a pasos de gigante el movimiento obrero insurreccional. Desde entonces los parlamentarios no tuvieron ob-

táculos en su camino. La social-democracia ocupó cada vez más espacio en los parlamentos de todos los países y la esencia de los renegados dió siempre más y más lozanos frutos. La forma parlamentaria y democrática de Estado dió a los social-demócratas la ocasión de ingresar en los gobiernos de los Estados republicano-capitalistas o monárquicos y el movimiento social obrero, que se había renovado con risueñas esperanzas, se acható y degradó. La social-democracia no pasó de ser un partido oportunista de oposición dentro del orden social burgués y el socialismo se hundió en la miseria, pero sus representantes se hicieron dignos de ocupar los más altos puestos de confianza dentro de la sociedad actual. En Inglaterra, John Burns llegó a ser ministro, en Francia Millerand y Briand, y en Alemania se hizo arrastrar a todo el partido social-demócrata a la guerra mundial mediante un apretón de manos de "Su Majestad". No sucedió nada mejor con los sindicatos que, a remolque del partido social-demócrata, entregaron el famoso fondo de lucha de los trabajadores como empréstito de guerra.

Al persistir luego la conflagración más y más los pueblos derrubaron los gobiernos de guerra y los social-demócratas se pusieron en lugar de los gobiernos anteriores; los social-demócratas tomaron parte en los gobiernos de casi todos los países o formaron por sí solos gobiernos. En ambos casos aceptaron la responsabilidad de los hechos y abstenciones del gobierno y donde tuvieron el poder, como en Alemania bajo el dominio de Noske, emplearon en ahogar en sangre con la violencia de las armas, las demandas socialistas de los trabajadores a quienes tenían que agradecer el poder. Esto aconteció en Alemania con Noske, en Francia con Millerand y en otros lugares con otros.

Antes de la guerra existía aun la segunda Internacional, que sin embargo no tenía más que una apariencia de vida, pues sus conductores se asociaron con la burguesía del país respectivo y entraron con ella en el dominio de la colaboración tanto política como económica. La palabra de la fraternización internacional de los trabajadores en boca de los socialistas parlamentarios representó una miserable hipocresía y éstos se convirtieron al estallar la guerra en defensores de la causa del enemigo, de la caza a los franceses, del odio a los alemanes, etc. No sólo hizo bancarrotta la segunda internacional sino que fué extirpado radicalmente todo sentimiento de solidaridad para los obreros oprimidos al otro lado de la frontera y el proletariado alemán uniformado combatió contra el proletariado francés en uniforme. El doctor Frank, el diputado social-demócrata que se ofreció voluntario para la guerra contra los franceses, es el símbolo de la social-democracia alemana parlamentaria, hasta de la social-democracia internacional.

Estos señores, que tienen la mayor culpa en el achatamiento y en la degradación del movimiento obrero internacional, que cooperaron en la conducción de los trabajadores a la guerra, se reúnen en Hamburgo para asociarse de nuevo internacionalmente y para concertar la paz, después de haberse golpeado sangrientamente durante tantos años. Hamburgo debe producir la unificación del proletariado internacional, dicen los social-demócratas en todos los tonos. Para ese fin se reúnen los representantes de la Internacional de Viena con los partidos de la segunda Internacional.

El congreso de Hamburgo no es un congreso de trabajadores, sino una reunión de políticos de todos los países. En Hamburgo se encuentran los ministros de hoy y de ayer, se reúnen los partidos que cuentan entre los suyos a un presidente Ebert, a un Noske, a un ex-presidente Branting, a un guerrillero Vanderbelde y a otros parecidos. ¿Creer los trabajadores que estos señores puedan crear una verdadera internacional del proletariado para la abolición de la guerra, para la lucha por el socialismo, para la fraternización de los trabajadores? Justamente los que ahora vienen a Hamburgo, un Vanderbelde y compañía, frenaron el congreso mundial de la paz convocado por la Federación Sindical Internacional de Amsterdam y quisieron hacer prevalecer

Los anarquistas y las revoluciones futuras

El derecho a la libre experimentación social

Ignoramos lo que nos reserva el porvenir, pero al discutir la acción anarquista en caso de revolución, podemos prever teóricamente en esta época de post-guerra en Europa acontecimientos revolucionarios de estos dos tipos: los que resultan de la iniciativa de partidos revolucionarios y los que resultan de una crisis general y del colapso del sistema social capitalista.

Supongamos una iniciativa anarquista; dada la situación de nuestras fuerzas, sería muy limitada, pero podría llegar por una acción rápida a un éxito local temporal. Pero la distancia, la influencia de esa localidad o de ese distrito mermaría, y qué puede esperarse de una cooperación sincera de todos los socialistas anti-anarquistas que son adversarios de la anarquía, indiferentes hacia ella, y sobre todo que ignoran profundamente nuestras ideas? Tales movimientos no darán más que un ejemplo heroico, si se puede multiplicarlos, y si en esas ocasiones el carácter antirrevolucionario de los otros partidos de pretensiones socialistas se hace evidente para el pueblo, crearían simpatías y podrían suceder movimientos más vastos sobre una semejanza base libertaria. Pero durante bastante largo tiempo aun esos movimientos no serán más que esfuerzos preparatorios de propaganda y no pueden merecer en la esperanza de un éxito final, aunque es la esperanza y no la desesperación quien debe inspirarlos siempre y darles el impulso. Son ante todo sacrificios generosos voluntarios como tantos otros actos de anarquistas que los que no toman parte en ellos no pueden menos de saludar como datos. Pero sería desastroso no contar más que con estos acontecimientos hasta aquí demasiado raros.

Si se desencadena un movimiento social, supongamos por un partido comunista, los anarquistas estarían colocados en un dilema. Querían ayudar a demoler, pero no podrán ayudar a reconstruir. Si se abstienen se les excluye de todos los frutos de la victoria, — pero si toman parte en la reconstrucción les sucederá exactamente lo mismo, puesto que están en minoría y no habría más que batirse. Si los anarquistas llegaran a triunfar, ¿qué podrían hacer los autoritarios de mala voluntad, vencidos, que serían, si las cosas sucedieran tan poco amistosamente, tan ignorantes de nuestras ideas y tan hostiles contra ellas como antes? Si fueran mantenidos en sumisión forzada, esto degradaría a los anarquistas al nivel de los gendarmes y no veríamos sino otra forma de dictadura. Se llega, pues, a un callejón sin salida y no veo solución libertaria a la cuestión si se plantea así.

En el segundo caso, si una crisis general lleva a la caída del sistema capitalista, todo lo que aconteció desde 1917 en varios países nos permite concluir que el eclipse formal del viejo orden sobre la escala más vasta es comparativamente fácil y pasará rápidamente como un castillo de naipes que se derrumba por completo. Toda la estructura social se basa sobre la *servidumbre voluntaria*, para emplear el término tan justo de La Boetie, sobre la obediencia del gran número al pequeño número, — obediencia más o menos ineluctable para cada víctima tomada a parte, puesto que si ofrece individualmente una resistencia pasiva o activa, se le reduce a la impotencia por el hambre o por la represión sangrienta; — pero contra la voluntad colectiva de las masas los títulos de posesión en papel sellado de los monopolistas, y las armas de sus perros guardianes mercenarios serán impotentes, y la hora del *lock-out* de los burgueses, de su expulsión de las fábricas y de las tierras que suponen de su propiedad exclusiva, puede sonar de la noche a la mañana. Los trabajadores saben esto en esta hora verdaderamente y por doquier y a la primera noticia de un acontecimiento decisivo en un centro que no tenga que temer permanentemente las presiones locales e individuales (con tanta gente del pueblo que asisten como espectadores y que no hacen nada para acudir en socorro de las víctimas, como se ve tan frecuentemente), ante esa primera noticia se procederá en todas partes a echar a la calle a los parásitos monopolistas, lo cual significa la expropiación de los instrumentos de trabajo y de la propiedad social por el pueblo trabajador. — De igual modo la idea de acción directa colectiva está bastante difundida y un número infinito de asambleas locales generales, llámeseles o no soviets, asumen en todas partes la administración de los asuntos colectivos. Es también en extremo probable que el Estado, en este caso la inmensa masa de los funcionarios del Estado, — exceptuados los ministros y algunos jefes de departamentos demasiado comprometidos y que habrán tomado de las Villadiego o hallado otro fin, que esa masa de funcionarios de quienes se proclamará la completa inocencia ante el mal pasado, se presentará como trabajadores del pensamiento o de la pluma y se pondrá a las órdenes de todo nuevo sistema, socialista o no, que les pague; porque el funcionario no desea realmente más que una cosa: que se le deje en su puesto y que se le pague, y está dispuesto a servir a no importa qué sistema. Así gracias a un siglo de propaganda y gracias a su propia podredumbre, después

de una iniciativa sería el viejo sistema se derrumbará con probabilidad bastante fácil y no es su último rayo de esperanza, — su fascismo, — el que le salvará.

¿Pero después? Evidentemente en el instante en que reine una seguridad completa contra el sistema vencido, cada partido avanzado y sus miembros querrán tener absolutamente su parte en los despojos. Todo el mundo se dice socialista entonces y las afirmaciones poco sinceras y muy moderadas y confusas de los "socialistas" de después de la revolución encuentran a menudo buena acogida en los indiferentes, para quienes todo lo que sucede es espantoso y que se sienten en su fuero interior más entre los moderados. En general la participación de los indiferentes y de los ignorantes en las asambleas locales y en todo lo que se hace en público, — provocará no pocos incidentes demagógicos y autoritarios en los socialistas aunque sean revolucionarios, que no saben manejar de otro modo estos elementos retrasados y numerosos, y los revolucionarios, una minoría, sienten la necesidad de impulsar hacia adelante la revolución a fin de que no se estanque y se exponga de ese modo a las infecciones reaccionarias. Estos revolucionarios son, pues, hombres progresivos, comparados con los indiferentes, pero eso les lleva a establecer un sistema autoritario que a nuestros ojos será reaccionario. En esta situación serán igualmente enemigos de los anarquistas, — como en Rusia. Los anarquistas se encontrarían, pues, en el mismo dilema — el de ser sometidos o aplastados, el de vencer y reprimir a todos los que no se atengan como ellos a la libertad, y el de transformarse ellos mismos en autoritarios en esa misión ingrata.

La razón, según mi opinión, es que la revolución no cambia de un día para otro la mentalidad de los hombres por un golpe de varita mágica en un sentido verdaderamente avanzado y sobre todo libertario, por consiguiente no seremos más fuertes al día siguiente de la revolución que la víspera. Al contrario, podemos esperar que todos los socialistas y obreristas que tienen una sed insaciable de poder y que crearán llegada su hora se eclipsen. Atraerán por su demagogia a la multitud de los ignorantes y de los indiferentes que se sentirán más al abrigo tras estas faldas que los dispensan de toda responsabilidad y riesgo o esfuerzo individual. Digo nuevamente: si pudiéramos vencerlos a todos por la fuerza ¿qué haríamos de los hombres de mala voluntad, egoístas e ignorantes? Como una de esos esclavos seríamos los empujados de la anarquía, y dejados en libertad nos aplastarían.

Dado esto, será preciso que sea aplicada a todo otro matiz del socialismo y que coexistan todos apaciblemente, difundándose o disminuyendo como resultado de una emulación sincera.

Todos los partidos avanzados, incluido el nuestro, tienen el defecto de querer generalizar sus ideas demasiado repentinamente, demasiado rápidamente. Algunos impulsados a ello por un espíritu de dominación y de intolerancia, otros por la necesidad y el deseo de dar a los demás lo que ellos consideran bueno y de aliviar a todo el mundo por el camino más rápido. Yo pienso que bastaría hacer que todos recibieran la emancipación social por la abolición del capitalismo y que este gran paso hacia adelante sería suficiente como primer paso, porque verdaderamente corriendo, aun saltando, no se

De esta situación para mí no hay más que esta salida, la de reconocer francamente que, puesto que el anarquismo no puede ser impuesto por vía de autoridad, una revolución no puede cambiar nada en él; y que, también después de una revolución el anarquismo no puede ser realizado más que por el consentimiento mutuo de los que lo aceptan, y entre ellos, por ellos y en su esfera.

Pero entre nuestra posición presente y la posición de durante y después de una revolución social hay esta gran diferencia: no podemos esperar que el sistema presente, del que combatimos la base, *explotadora* y la forma *autoritaria* quiera darnos los medios para socavarlo y hacerle caer. No pedimos, pues, nada; tomamos lo que podemos tomar y existe la lucha abierta sin transición posible.

Después de una revolución social, sin embargo, en la que los anarquistas han cooperado preparándola por un siglo de propaganda y de elaboración intelectual, de crítica social y de concepciones socialistas libertarias, y en la que sin duda, como en todas las luchas sociales aportarán su medida y su esfuerzo y su sacrificio desinteresados, *después de una revolución social*, por tanto, tenemos el derecho a realizar nuestro ideal social para nosotros mismos y para los que deseen unirse a nosotros; esto quiere decir que estará a nuestra disposición tanta tierra, instrumentos de trabajo y materias primas como correspondan a nuestro número en este momento, para ser aumentadas en proporción al crecimiento de ese número: habrá además la independencia completa de las localidades, grupos o personas que deseen vivir así, de todos los otros modos de organización sociales y políticos de su vecindad. Es evidente que donde los objetos o asuntos sean razonablemente indivisibles, habrá arreglos a satisfacción mutua con los demás partidos.

Dado esto, será preciso que sea aplicada a todo otro matiz del socialismo y que coexistan todos apaciblemente, difundándose o disminuyendo como resultado de una emulación sincera.

Todos los partidos avanzados, incluido el nuestro, tienen el defecto de querer generalizar sus ideas demasiado repentinamente, demasiado rápidamente. Algunos impulsados a ello por un espíritu de dominación y de intolerancia, otros por la necesidad y el deseo de dar a los demás lo que ellos consideran bueno y de aliviar a todo el mundo por el camino más rápido. Yo pienso que bastaría hacer que todos recibieran la emancipación social por la abolición del capitalismo y que este gran paso hacia adelante sería suficiente como primer paso, porque verdaderamente corriendo, aun saltando, no se

ESCUELA DE "COMUNISMO"



Los gansos se ensayan en el arte de marcar el paso alemán, que es el primer "paso" a la dictadura germana, que conduce al comunismo de la laguna roja.

(1) No sabemos a quienes se refiere el calificativo. Entre los excluidos estaban los representantes de las agrupaciones anarquistas y los representantes de los sindicatos obreros revolucionarios. Malatesta representaba sindicatos. ¿Merecerá por eso el título de unarco-sindicalista?

N. de R.

dan todos los pasos a la vez, sino uno, dos o varios, pero una evolución no se verifica jamás por un salto enorme, semejante a una transportación por encantamiento como en los cuentos de hadas.

Deseamos, como anarquistas, hacer a todos los hombres verdaderamente libres, pero los mismos socialistas no sienten todavía esa necesidad en un grado apreciable, menos aun las masas indiferentes que no experimentan ni la sombra de una necesidad verdaderamente libertaria. Sería bastante para nosotros, si no queremos abarcar mucho y no apretar nada, trabajar en la realización de la emancipación social de todos y en nuestra propia libertad y la de los que sientan una necesidad igual a la nuestra. Si se hiciera esto, a partir de ese momento, el ejemplo de nuestra libertad estaría ante los hombres emancipados de la miseria y nos seguirán o no si quieren y tan pronto como quieran.

Creo que este ofrecimiento de tolerancia mutua es el ofrecimiento más equitativo que los anarquistas podrían hacer a los socialistas de todos los matices: cooperación para realizar la revolución social y luego libre acceso de todos a la riqueza social en proporción a la capacidad numérica, etc., de cada sección. Si existe la voluntad de realizar esto, las dificultades del reparto, etc., serán cuestiones muy secundarias. Esto no quiere decir que se proponga una separación o un aislamiento, fronteras odiosas a cada paso o cinco caminos en lugar de uno para ir al mismo lugar, uno para cada matiz socialista. Los anarquistas en particular, cuyo número es aún restringido, pero cuyas ocupaciones e intereses son muy variados, vivirán diseminados por todas partes, en distritos o en comunas libertarias, en grupos o aislados por Jquier. Sus asuntos y los de los otros estarán tan separados como los de los libres pensadores y los de los creyentes de las diversas religiones lo están hoy, y cada cual participaría o se abstendría en la vida social de su vecino como lo hace hoy en lo que se refiere a su vida privada. Si las diversas religiones que se combatieron durante varios siglos para establecer la dictadura de una sola han llegado hoy a dejarse relativamente tranquilas, o si las diversas nacionalidades, que hoy hacen del globo un infierno, han sabido al menos conducirse de una manera inenarrable y supremamente absurda durante el siglo XIX y los tiempos anteriores, esto permite esperar que hombres liberados de las preocupaciones y de los sufrimientos sociales que el capitalismo les impone, sabrán vivir en paz, aunque tengan opinión diferente sobre las cuestiones de autoridad y de organización. Estas cuestiones de organización dividen, como se sabe, a los anarquistas mismos en un grado tan considerable que ningún razonamiento ni polémica, sino únicamente la experiencia adquirida por la futura experimentación real podrá resolver estos problemas: los anarquistas estarían, pues, condenados a una lucha eterna entre sí mismos si no tuviesen confianza en la coexistencia y en la fuerza persuasiva del ejemplo que se produce en plena libertad. No se trata más que de generalizar esta manera de pensar y de obrar y de comenzar cada cual en sí.

Si esta idea fuese seriamente tomada en consideración, el movimiento obrero sería libertado de una inmensa pérdida de energía derrochada en choques, en querrelas mutuas. Tales querrelas por la palabra y por el escrito en el oeste, por matanzas y persecuciones en el este, por una mezcla espantosa de todo eso en el centro de Europa, han absorbido la atención y consumido la mayor parte de la energía desde 1918 y el resultado fue: la revolución fallada, las posibilidades revolucionarias frustradas, y el reino del sable y del knut, antes llamado bonapartismo y zarismo, en vigor, martirizando con una inmensidad y una crueldad desconocida, bajo los bellus nombres de bolchevismo y de fascismo, hermanos gemelos, productos de la más odiosa intolerancia y de la sed de poder. En lugar de combatirlos seriamente, hay en todas partes divisiones, recriminaciones mutuas que no sirven para nada. En una multitud de periódicos de los diferentes partidos se "ejecuta" número por número a los mismos hombres, organizaciones e ideas, que no se encuentran jamás bien. Es el mismo

"juego de bolos" o "matanza de los inocentes" semana por semana, año por año, como si viviéramos en el mejor de los mundos felices o como si ese género de deporte deleitara a algunos ociosos. Yo propondría que cada cual diga lo que tenga que decir una vez a cada uno y después de eso, que los hombres se respeten, se callen, que no se ocupen más de la denigración de los incurables y hagan un nuevo esfuerzo general para instruir y atraer la masa enorme de los ignorantes y de los indiferentes que, — triste constatación — tienen menos ocasión hoy de darse cuenta de las grandes verdades generosas del socialismo y de la anarquía que cuando los movimientos eran pequeños y modestos. Se perdería bien poco con esta táctica, ya que queda poco que perder, pero se podría ganar sangre nueva, se respiraría un aire más puro, veríamos en fin un reflorecimiento.

Los socialistas de todos los matices tendrían interés en que se arreglen las cosas sobre tales bases; sin eso su impetencia, sea frente de la reacción triunfante, sea frente del bolchevismo triunfante, continuaría; el partido socialista, que llegara al poder en alguna parte, seguiría el precedente ruso y exterminaría a los

demás socialistas que no se echen boca abajo ante él. Solo un pacto de honor entre todos los socialistas, de que después de la revolución la riqueza: "il será acceñible a todos los matices del socialismo y de la anarquía, de que la organización interior de cada sección de opinión socialista o anarquista será asunto propio y de que la tolerancia y la buena voluntad mutuas inspirarían todas las relaciones entre estas secciones como base primaria, solo tales arreglos harán posible un esfuerzo común hacia una revolución y un régimen social que no degeneren rápidamente en dictadura y masacre después de la revolución. Hay que eliminar toda idea de monopolio, de generalización, de forzamiento, y es preciso, en fin, inaugurar la era en que la libre experimentación social de todos abra nuevas rutas a la evolución hacia el bienestar social y la libertad.

Si los anarquistas no siguen este camino, ¿quién lo hará? He aquí algunas ideas que someto a la discusión de los camaradas.

M. N.

Febrero-mayo 1923.

Sobre la esencia del federalismo en oposición al centralismo

Versión española de la conferencia pronunciada por Rudolf Rocker en el congreso de Erturt

¡Compañeros! Me esforzaré por hacer uso en mi conferencia de la mayor objetividad y procuraré excluir completamente el motivo personal que se expresó bastante en el curso de los debates del congreso.

Las experiencias de los últimos años nos han demostrado que el federalismo fué interpretado falsamente por muchos camaradas e insuficientemente comprendido. De ahí que se advierta en algunos círculos de nuestro movimiento puntos de vista que no tienen absolutamente nada que ver con la esencia característica del federalismo y que en el mejor de los casos sólo pueden ser considerados como su caricatura. Por otra parte, existe en distintos camaradas el temor de que una u otra de las instituciones de nuestro movimiento pueda desarrollarse en el sentido del centralismo, de tal modo que se creen en el deber de recurrir a todas las medidas de prevención posibles para conjurar ese peligro. Si las proposiciones que se hicieron con ese objeto fueron siempre o no justas, esto, naturalmente, es otra cuestión; y que a menudo consiguen justamente lo contrario de lo que querían es cosa fuera de toda duda.

Tomemos por ejemplo las proposiciones de nuestros camaradas de Dusseldorf, presentadas al Congreso para impedir el desenvolvimiento centralista de la Comisión administrativa y de todo el movimiento sindicalista. Yo no dudo de ningún modo de la buena intención en que pueden basarse esas proposiciones, pero no por eso soy menos de la opinión que el punto de vista que entrañan es un punto de vista falso que llevaría a la más grande de las injusticias si hallasen la aprobación del Congreso. La primera de esas mociones niega a los camaradas estipendiados por el movimiento el derecho a poder aparecer como delegados en un congreso. Esto no sólo sería un voto de desconfianza contra aquellos camaradas que realizan una actividad considerada necesaria por todos; sería al mismo tiempo la introducción de miembros de primera y segunda clase en el movimiento, una injusticia que no puede ser justificada bajo ninguna circunstancia. Por otra parte, esta proposición contradice por completo todos los verdaderos hábitos federalistas; porque la elección de los delegados es asunto de los grupos locales en particular, cuyo buen derecho no puede ser dañado por ninguna especie de resoluciones de ningún congreso.

Por el mismo espíritu es dictada también la segunda proposición, que defiende el punto de vista de que un compañero

que no fué elegido como delegado por su propia organización no tiene derecho a aparecer como delegado de otros grupos en un congreso. También esta proposición puede estar animada de las mejores intenciones, pero su realización sería una injusticia elevada a principio. Sobre tales cosas no se puede fijar en block una conclusión. Ha sucedido más de una vez que un compañero bueno y activo, siempre listo a emplear todas sus fuerzas en el movimiento, se encontró en lucha con los camaradas de su propia organización por un motivo o por otro. A menudo son únicamente pequeños celos personales la base de tales disidencias, a menudo sólo malentendidos o divergencias de opinión que han tomado con el tiempo un carácter personal. Tales casos han acontecido y acontecerán siempre mientras los hombres laboren unos junto a otros. ¿Se quiere ahora a esos compañeros privarlos de la posibilidad de representar otra organización? Esto no sería federalismo, sino despotismo y tutela espiritual de la peor especie. Se sabe cuán frecuentemente han sucedido errores judiciales, se sabe también cuántos errores acontecen en la vida personal de cada ser humano, cuán a menudo se juzga sobre determinadas personas de modo tardío y completamente injusto. Por tanto, se puede recurrir a un compañero el derecho a una delegación si ha cometido alguna falta contra los principios y fundamentos morales del movimiento o si por otra parte ha realizado algo directamente injurioso que haga imposible un trabajo ulterior común con él. Pero en un caso semejante la resolución de un congreso es la cosa más superflua del mundo, pues desde el momento en que un compañero ha cometido un ataque tan rudo contra los principios y el honor de la organización, cesa de ser compañero y no tiene tampoco nada que hacer con la organización.

Se cree poder crear por esa clase de mociones medidas técnicas para prevenir el mal; pero por lo común se obtiene con ellas lo contrario y se crea únicamente una injusticia. Hasta soy de opinión que el miedo demasiado grande al desarrollo de una especie de burocracia, junto a las malquerencias personales de toda suerte, muy frecuentemente es sólo la causa que produce un torpe aparato burocrático. Los sucesos del congreso de Dusseldorf son en este concepto extremadamente instructivos para aquellos que aún tienen los ojos abiertos. Ante el congreso de Dusseldorf tuvimos la Comisión administrativa que, por decirlo así, fuera del congreso era la más alta instancia de nuestra organización. La Comisión administrativa era elegida de nuevo en cada

congreso y tenía la misión de funcionar como órgano de relación entre los grupos particulares locales y ejecutar las resoluciones del congreso. Pero se tenía miedo de que ese órgano pudiese desarrollar una centralización del movimiento y se creó una llamada Comisión de control y de reclamaciones, imaginada como una custodia de la Comisión administrativa. Ahora bien, hemos visto en este congreso ya que justamente los que han defendido en otro tiempo más vigorosamente la instauración de la Comisión de control y de reclamaciones, levantan hoy contra esa instauración las mismas acusaciones que se creía deber imputar en el congreso de Dusseldorf a la Comisión administrativa. Si se quiere continuar en el mismo camino que se ha seguido hace unos años en Dusseldorf, se debía crear ahora sobre la Comisión de control y de reclamaciones aprobada entonces, otro Comisión superior de control, y así sucesivamente.

Pero de esta manera se cultivará artificialmente aquella burocracia que trastorna la cabeza a algunos de nuestros camaradas. De este modo se desarrolla un monstruoso engranaje y lo que se quería remediar, se difundirá ahora más y se convertirá en un peligro directo para el movimiento entero. Las ventajas de una organización consisten especialmente en que sea simple, lo más simple posible y lo más libre posible de todas las instituciones superfluas, tan sencilla que pueda ser abarcada en una ojeada fácilmente en todas sus funciones por cada compañero en particular. Guardémonos por consiguiente de instaurar un aparato administrativo complicado y pesado, que debe aparentemente apoyar el espíritu federalista en el movimiento, pero que en verdad lo destruye.

Y ante todo abandonemos la loca creencia de que hay una determinada forma de organización que preserva a los hombres de cometer faltas. Toda forma de organización, y puede ser la más perfecta, entraña defectos en sí. Ser humanos es equivocarse. Por tanto, donde se cree poder impedir los defectos mediante determinadas medidas técnicas, se pasa por alto una cosa, — la conformación espiritual del hombre, que no es siempre la misma y que se transforma constantemente, — lo que en las cosas de la organización no hay nunca derecho a ignorarlo, si no se quiere uno perder en lo peor y en la más peligrosa desviación. No siempre yacen las insuficiencias con que tiene que contar un movimiento en la forma externa de su organización, sino frecuentemente en la misma naturaleza humana.

Aquí llegamos a un punto extremadamente importante: Si examinamos las distintas tendencias de un movimiento, debemos partir de la siguiente premisa: Mientras exista un movimiento, existirán siempre en el movimiento entero diversas corrientes que no siempre corresponden a una concepción distinta, sino que hallan su origen en la diversidad de temperamentos y la energía de los individuos. Y esto es verdad. Pues todos nosotros somos hombres y no hay nada más absoluto entre nosotros. Los mejores de los nuestros pueden equivocarse y por consiguiente toda opinión, dictada por una buena voluntad y por un honrado propósito, debe ser examinada y no dirigida incondicionalmente contra las otras. Tengo hasta la herética convicción de que no hay ninguna verdad absoluta, sino que todo lo que un momento reconocemos como verdad resulta de la posición de nuestro conocimiento. Lo que hoy es verdad, mañana es quizás superado, pues en nuestro conocimiento se va desarrollando ulteriores perspectivas. Rechazamos por tanto los errores y formulamos un nuevo punto de vista sin querer que esa nueva perspectiva sobre los fenómenos de la vida sea una conclusión definitiva y que esté ahora todo liquidado. No, está en la esencia de nuestra evolución espiritual que exista entre los seres humanos una aspiración infinita hacia adelante. Pero de esto resulta también al mismo tiempo que el punto de partida de nuestras ideas y las perspectivas de nuestro conocimiento, no pueden ser iguales en todos los hombres; y quizás sea esta desigualdad de la interpretación el impulso propio de todo progreso espiritual.

(Continúa)